

La mañana transcurría lenta, inmutable, apacible; con el cuchuceo de las hojas acariciadas por el viento en las copas de los arboles, las nubes hinchadas de blanco como en procesión indolente quizá, no era fácil saber si realmente se movían. Los rayos de sol matizaban un cielo celeste brillante que se perdía en el horizonte visual de Eusebio Pacheco, quien descansaba en el claro de una colina; la misma colina desde hacía algún tiempo. Era difícil para él creer que visitar ese lugar le ayudaba para disminuir la frecuencia de sus recuerdos y sus pesadillas que apenas unos días atrás le irrumpieron el sueño para despertarlo en plena madrugada.

No es sencillo batallar en las noches, pensaba mustiamente para sí mismo. Y realmente lo era, con esa ensarta de recuerdos austeros martillando su mente, experiencias inhumanas y crueles le surgían en la piel con el menor intento de recordar sus días en Playa Grande o en Nentón, Huehuetenango, cuando era un subteniente recién graduado ó “su segunda ida al infierno”, como él le llamaba, cuando regresó al lugar, siendo capitán del ejército y en lo más intenso del conflicto armado interno de Guatemala.

Eusebio se regocijaba con el cantar de las aves y su revoloteo, acto impensable viniendo de un coronel retirado, abatido y destrozado. El tiempo hizo ramalazos en su alma, sus ojos tenían heridas que le inferían la memoria y su mente parecía estarse reiniciado a una nueva vida, libre de fusiles y muertos.

Cada mañana, Eusebio salía a caminar y descansaba en esa cima. A las afueras del pueblo donde residía desde el dos mil. Era un lugar lleno de calma, sin nadie que juzgara sus actos, sus miedos, su pasado. La vista al lago lo reconfortaba aun más. Era toda una ceremonia de paz que le ayudaba a ignorar los hechos, más no a olvidarlos. Casi siempre perdía la noción del tiempo, tan sólo veía el cielo, las nubes, el lago y desconectaba su memoria.

Un divorcio a los treinta y tantos años, dos hijos a los que no veía tan seguido pero a los que añoraba y quería con todo su corazón – ¡gajes del oficio! – se repetía en voz baja cuando pensaba en su fracaso, debió ser la falta de atención la que motivara a su esposa a tener una aventura con un tipo mucho más joven y con más tiempo para hacerla sentir viva, a diferencia de él, que vivía casi todo el tiempo en los destacamentos o aprendiendo nuevas estrategias militares en algún otro país – ¡el dinero no lo es todo! – completaba sus frases.

En fin, vivía sólo y así, vio llegar la navidad tantas veces, su cumpleaños y otras fechas importantes.

Era un tipo normal, con un trabajo normal y una mente perturbada y llena de convulsiones de conciencia y arrepentimientos imaginarios. Más aún, desde que se firmaron los acuerdos de paz en el año noventa y seis, fue por esos años cuando prescindieron de él y de otros muchos que habían dado todo de sí mismos para ganar una guerra que realmente parecían haber perdido.

Con cierto enojo recordaba los dichosos acuerdos de paz. – ¡El Estado mayor presidencial debe ser disuelto! – decía en un tono burlesco, como si fuéramos perros sarnosos nos dieron de baja. ¿Y los compañeros muertos qué? – se preguntaba a media voz, hablando sólo – ¿A ellos donde los dejan? ¿Acaso los guerrilleros no mataron igual? ¿No torturaron con saña? ¡No, que va!, ellos eran débiles, el ejercito abusó del poder y cometió crímenes atroces, sólo el ejército, nadie más, pobrecitos los guerrilleros, ellos no le hacían nada a nadie, solo se defendían – reía sarcásticamente haciendo muecas, luego de una pausa, continuó – se defendían mi huevo, si eran unos malditos, pero no, a ellos hay que ayudarlos a reinsertarse a la sociedad, hay que darles trabajo, tierras, puestos en el gobierno para que sean útiles a su país, si hasta un partido político hicieron los malparidos, son tan asesinos como nosotros, incluso más – murmuraba sólo, mientras veía el cielo.

Por momentos su memoria se remontaba demasiado, así que apresuradamente se frenaba, hablando para sí mismo – ya basta con eso Eusebio, incitarte los recuerdos no te hace nada bien – entonces continuaba acariciando el cielo con sus ojos y persiguiendo mariposas que se le cruzaban en la vista.

Miles de cosas pasaban por la cabeza de Eusebio, recuerdos lejanos, algunos buenos, algunos malos. Mientras tanto, continuaba viendo el cielo. Después de un tiempo se incorporaba lentamente y veía su reloj – las cero ochocientas – decía – ya es hora de regresar a casa – terminaba mientras se sacudía la hierba de la ropa. Una vez en pie, se estiraba por completo, respiraba profundo, daba un ultimo vistazo a la magnificencia del lugar y luego emprendía el viaje de vuelta. Debía bajar unos quinientos metros por un camino de tierra, escondido entre la floresta de la colina, luego, debía caminar unos seiscientos metros más, por la orilla del lago, en la playa pública, hasta llegar a los campos de fut, para luego enfilarse un kilómetro y medio más para llegar a su casa. Atravesaba el

pueblo caminando por la segunda avenida, pasaba enfrente de los bares “Tenampa”, el “3 de mayo” y luego cerca del “Oasis”, por donde vivía doña Fide, la madrota del lugar, una señora gorda y morena, grande de edad, a quien a veces encontraba sentada en la acera, afuera de su casa – buenos días coronel ¿como le va? – saludaba doña Fide con un hablado cantadito y una voz melosa, con cierto malevo en su tono, al final de cuentas, el hecho de ser matrona requería de maña, de esa sutil manera de seducir el oído pero a la vez infundir un poco de miedo – buenos días doña Fide – contestaba distante Eusebio – hace tiempo que no se le ve por acá, ¿nos tiene en el abandono? o ¿ya nos cambió? – dijo doña Fide haciendo una mueca graciosa – ¿A ver cuando nos vuelve a visitar? ya sabe que aquí lo atendemos muy bien – algún día de estos, doña Fide, algún día de estos – contestaba Eusebio, sin perder de vista su camino – ¡que le vaya muy bien coronel! – gracias doña Fide – respondía tajante Eusebio, a veces ya a la distancia.

Avanzaba firme, con paso constante, devorando las cuadras y saludando a la gente conocida que se atravesaba en su camino. Llegaba al mercado, luego al parque, a la iglesia, a la antigua estación de policía, con esa fachada de palacio neoclásico desgastada por el tiempo, después el beneficio de café y por ultimo la vieja estación del tren abandonada, convertida ahora en unas canchas de futbol, en basurero clandestino y en parqueo para los buses que iban a la capital.

Unos cuantos metros más – pensaba Eusebio para darse ánimo mientras el sol matutino ya le calentaba la espalda; dos minutos más tarde, estaba en la entrada a su colonia – ¡buenos días coronel! – lo saludaba algún conocido – buenos días – respondía serio. A veces el saludo venia de algún elemento de la policía privada. Nunca faltaba algún soldado raso que ahora tuviera que ganarse la vida trabajando de esa manera, ganando una porquería y sin poder olvidar que había estado bajo las ordenes del subteniente Eusebio Pacheco, o del capitán, o del coronel. Finalmente caminaba unas cuantas cuadras para llegar a su casa.

En la colonia donde vivía, a las faldas de un cerro, era conocido únicamente como “El Coronel”. Vivía en una casa grande que no ocultaba lo benevolente de la vida de oficial retirado del ejército, a veces bajaba a los bares del pueblo a ponerse borracho y a manosear a las “niñas” que ofrecían sus servicios, aunque la fama de los militares no era buena, doña Fide lo atendía muy bien porque era buena paga y realmente no pasaba de manosear a las

putas. En cuanto estaba borracho le daba por dormirse, era ahí cuando doña Fide llamaba por celular a su propio yerno José, para que llegara a traerlo y lo acompañara hasta su casa, siempre le daba un billetito aunque no sabría decir si José se lo quitaba, en fin, era un borracho decente, como lo describían por ahí.

Esa mañana era particularmente diferente, era un martes diez de julio, hacía veinticinco años que, recién casado, había abordado un helicóptero en el aeropuerto de la fuerza aérea, se había despedido de su esposa y de su hermano. Los recuerdos eran punzantes, el sonido del helicóptero, la tierra deslizándose bajo sus ojos, dos subtenientes más, un capitán, el piloto y el copiloto, su mochila, su escuadra recién entregada, pulcra, lista para estrenarse a la muerte, ordenes claras de no morir tan fácil y de matar a cuantos pudiera, el recuerdo era tan claro en su mente.

Abrió la puerta de su casa y dejó las llaves en una mesita cerca de la entrada al lado de una pequeña caja negra donde guardaba su escuadra que ya no portaba y de tres velas aromáticas que le había regalado su cuñada para una navidad dos años antes.

Era un ritual tomar un baño para relajarse y prepararse para ir a trabajar, silenciosamente la soledad le hacía daño, se despojó de la ropa y abrió la regadera. Sintió el agua tibia correr por su piel, unos instantes después cerró los ojos y su memoria se disparó hacia atrás, sintió abrir los ojos y verse las manos ensangrentadas, sangre tibia escurriendo por sus brazos, se vio uniformado, joven. Cayó hincado sobre el piso del baño, el uniforme estaba empapado por la mezcla de lluvia y sangre, el lodo le servía de alfombra a unas botas negras salpicadas de sangre y lodo, selva verde alrededor, selva verde manchada de rojo, selva y más selva – ¡basta, basta ya! – gritó – esto no es real – paulatinamente abrió los ojos de nuevo y volvió a la realidad – estoy en mi casa, en mi baño, en mi casa, esto es agua, no es sangre, agua, esto es agua tibia, estoy tomando un baño – parafraseaba mientras sentía su corazón latir acelerado casi a punto de romperle el pecho – ¿Dios mío, hasta cuándo? – se preguntó intranquilo mientras se tomaba el rostro entre las manos. Respiró hondo, prosiguió sin cerrar los ojos mientras se repetía – estoy en mi casa, esto es agua – y así lo hizo hasta terminar de bañarse, salió hacia su habitación y se dispuso a vestirse – La memoria es una vil herramienta para que la conciencia nos viole con nuestros propios recuerdos. Mente desocupada, taller de Satanás, como solía decir mi abuela – se repetía Eusebio mientras abría su ropero. Era un mueble antiguo, de dos puertas, en una tenía unos

adornos tallados a mano, en la otra un espejo. Eusebio cerró la segunda puerta, después de sacar su ropa, al instante siguiente, vio como el subteniente Barrios se acercaba a él mientras Eusebio se rasuraba con despreocupación – Cuás, se que hoy le toca salir de patrulla y quiero pedirle favor que cambiemos de turno, mañana es mi último día aquí y si patrullo mañana no podré salir de este lugar, ¿qué dice? – Por mí no hay ningún problema cuás, solo dígale al capitán y listo – respondió Eusebio sin perturbarse mientras continuaba rasurándose – ya le dije al Capitán y no hay problema – entonces delo por hecho – gracias Eusebio, lo veo mañana por la mañana – dijo el subteniente Barrios mientras se alejaba.

Eusebio seguía parado frente al espejo, terminó de rasurarse y se uniformó para salir al patio, aun encontró a la patrulla en formación, al mando, el subteniente Barrios, dando las últimas instrucciones. El destacamento estaba en la cima de un monte, la puerta principal daba justo a unos senderos que lo bajaban en distintas direcciones. Eusebio se veía claramente en su memoria caminando al lado del subteniente Barrios hasta detenerse en la puerta para solicitar la autorización pertinente para salir a patrullar los alrededores en busca de subversivos, Eusebio se detuvo mientras la patrulla atravesaba la puerta, se despidió del subteniente Barrios y vio como se alejaba hasta llegar a los senderos, de pronto un pequeño niño de unos ocho años caminaba justo enfrente de él, en dirección a un sendero paralelo al que tomaba la patrulla, el pequeño iba cargando un fajo de leña en su espalda, con su vestimenta haraposa, pequeñas botas de hule y un morral colgado al cuello. El peso de la leña parecía inhumano para el pequeño, pero Eusebio no prestó mucha atención a ese detalle. Vio como ambos, el pequeño niño y la patrulla, se perdían a la vista por senderos distintos, la patrulla descendía y el niño ascendía en forma paralela. Eusebio se quedó algunos instantes más, cuando los vio desaparecer se volteó para regresar al interior del destacamento, las puertas empezaron a cerrarse lentamente, cuando de pronto, una explosión seguida de otra idéntica, sacudieron las hojas de los arboles del rededor, llenando sus oídos con angustia y temor, sacó su arma con la mano un poco temblorosa, uno de los vigías de las torres gritó en repetidas ocasiones – ¡Emboscada a la patrulla! ¡Mi Capitán! ¡Emboscada a la patrulla! – el sonido de los fusiles roció el monte, perforando la verde clorofila de los arbustos, Eusebio no daba crédito a lo que escuchaba, varios soldados salieron del destacamento, Eusebio corrió cauteloso tras ellos hacia el sendero por donde bajó la patrulla, de pronto, sus ojos percibieron la silueta del pequeño niño que había

pasado frente a él unos minutos antes corriendo en dirección opuesta, como queriendo huir de algo, así que decidió seguirlo, su primera intención fue de protegerlo de los subversivos, pero al acercarse se percató de que su rostro no expresaba miedo, a Eusebio le habían advertido que nadie era de fiar en aquel lugar, pero su mente se negaba a creerlo, decidió entonces darle alcance, lo tomó por la espalda unos cuantos pasos adelante – ¿a dónde vas ishto? – dijo Eusebio mientras tomaba al pequeño por los hombros – ¿Qué llevás ahí? – le preguntó señalando el morral, para sorpresa de Eusebio, llevaba dos granadas de fragmentación, junto con una escuadra parecida a la suya, cargada y lista para usarse, una parte de Eusebio se negaba a creer que el pequeño pudiera utilizar dichos artefactos, pero el pequeño hizo el intento por arrebátársela, Eusebio le propinó un manotazo que le hizo sangrar el rostro y después le quitó el morral, poniéndoselo él mismo, cruzado en el cuello. Tomó al pequeño por un brazo y se apresuró a llevarlo al destacamento. El plomo había cesado. Una vez adentro, amarró al pequeño al asta para interrogarlo después, de pronto, vio llegar a los soldados cargando a sus compañeros, a los malheridos los llevaron a la enfermería, a los muertos los apilaron en el patio, entre ellos el subteniente Barrios, con el rostro ensangrentado, lleno de esquirlas y un boquete en el pecho, el uniforme quemado por el fuego de la explosión, la piel del cuello tostada, se quedó en silencio unos segundos y lo tomó entre sus brazos. La sangre tibia le escurrió entre las manos recorriendo su piel hasta llegar a sus codos.

Mi subteniente Pacheco, solo para informarle que la patrulla fue emboscada por subversivos que les tiraron granadas desde lo alto, siete de los doce están muertos, entre ellos mi subteniente Barrios – dijo un soldado raso de apellido Raxol, mientras mantenía el saludo en lo alto de su cabeza, sosteniendo sus miedos para que no se le salieran y su fusil colgando al hombro – Fue el ishto cerote, ese que está amarrado ahí – dijo Eusebio girando el rostro.

En ese mismo instante, Eusebio le dio un puñetazo al espejo, quebrándolo por enésima vez, cada recuerdo le hacía lo mismo y cada fin de mes lo volvía a reparar, sus ojos se aguaron mientras trataba de no recordar más. Se sentó en la cama tomándose la cabeza con las manos, tratando de aliviar el fuerte dolor le invadía, mientras se precipitaba en llanto, como queriendo arrancarse la memoria de una vez por todas. Se quedó ahí, por algún tiempo, absorto, divagando, cansado, abatido, con el niño empalado aun en su mente.

Eran casi las nueve de la mañana cuando Eusebio volvió a ver su reloj – las cero ochocientas cincuenta horas – dijo un poco apresurado – debo correr o llegaré tarde – pensó en voz alta. Eusebio laboraba desde hacía tres años como vicesecretario en la municipalidad de su pueblo. Era un trabajo normal que le permitía distraerse y obtener algo de dinero extra.

Salió de su casa y se apresuró a abordar un pequeño bus que lo llevaba desde su colonia hasta el parque del pueblo, luego, a caminar unas cuantas cuadras y listo – en diez minutos estaré ahí – volvió a pensar en voz alta.

Yendo en el bus siempre era la misma historia – ¡Buenos días Coronel! – saludaba la gente al abordar mientras él respondía entre dientes, esperando que el piloto fuera un poco más a prisa para poder llegar a tiempo. Una vez en el parque caminó lo más rápido que pudo. Llegó justo a tiempo.

¡Buenos días Coronel! – saludaban sus compañeros y algunas otras personas que le vieron entrar – ¡Buenos días! – respondía un poco mas jovial, como si el trabajo le ayudara a ignorar su pasado haciéndolo sentir útil. Llegó a su escritorio, en una oficina compartida con el secretario, se sentó de primas a primeras, encendió su computadora y se preparó a trabajar.

¡Buenos días Coronel! – saludó una voz fresca, era Luís, uno de sus compañeros de trabajo a quien había tomado cariño, mas joven que él, casado y con dos hijos, ocupando el puesto de vocal tercero – ¡Buenos días Luís! – respondió Eusebio – ¿Como amaneciste hoy? ¿Qué cuenta Carmencita? ¿Cómo están los patojos? – inquirió rápidamente – muy bien gracias – respondió Luis – pues ahí, la Carmencita aun en la casa. Los patojos creciendo y molestando – me alegra – dijo Eusebio, con un tono serio, muy característico en él – ¿Me imagino que aun no has conseguido quien te mire a los patojos para que la Carmencita se vaya a trabajar? – preguntó Eusebio – pues fíjese coronel, que mi suegra se ofreció a cuidarlos, pero ¿se imagina tener que aguantar las alcahueterías? no es por ofenderlo coronel, pero los abuelos malcrían a los nietos y después los tatas bien clavados, aguantando sus malcriadezas – dijo Luis pensando que Eusebio podría molestarse por el comentario – no te preocupés Luís, no me ofendo y hasta cierto punto tenés razón, pero ¿no has pensado en alguien más, una guardería o algún otro familiar? – preguntó de nuevo Eusebio – pues por el momento no coronel, le encargo si sabe de algún lugar o de alguien,

nos caería bien que la Carmencita trabaje, el dinero ya no alcanza para nada, menos ahora, que le subieron a la gasolina, de plano que le suben a todo – eso es mas que seguro Luis, pero a echarle ganas y a trabajar duro para que la familia tenga lo que necesita, pero sin esclavizarse, porque la familia también requiere atención – dijo Eusebio con aire de experiencia propia – gracias por sus consejos coronel, definitivamente primero debe estar mi familia y luego el chance, como dice mi mama, aunque sea comiendo tortillas con sal pero todos juntitos – ambos soltaron una carcajada solemne mientras Luis terminaba diciendo – bueno coronel, lo dejo trabajar, que tenga un feliz día – gracias Luis, te veo luego – devolvió Eusebio, mientras prestaba atención a su computadora y preparaba las actas que debía trabajar. Al final de cuentas era un trabajo sencillo, no necesitaba ser tan hábil con las computadoras, solo era de poner su nombre y su clave, luego abrir el editor de texto, abrir su machote de actas que tenía en un archivo, encender la impresora, ponerle hojas y listo, a trabajar.

De vez en cuando algún otro compañero se acercaba a platicarle algún problema o a contarle alguna aventura, invocando a su sabiduría, pues es bien sabido que más sabe el diablo por viejo que por diablo. A pesar de que Eusebio era de pocos amigos, en su trabajo trataba de ser condescendiente, inclusive Luis a veces se topaba con un coronel huraño que no prestaba atención y otras veces se topaba con un coronel extraviado en sus actividades. Pero así le trascurría el día sin mayores preocupaciones, no era acosado ni atormentado por sus recuerdos.

El día trascurría de manera apresurada, la hora del almuerzo generalmente la compartía con Luis, hablando de todo un poco, luego de vuelta al trabajo. El final de la jornada lo sorprendía casi igual que al principio de la misma, con varias actas pendientes pero sentía alivio terminar dejando trabajo para el día siguiente.

Apagó su computadora y se despidió de Luis y otros compañeros, el coronel era tan solitario que ya nadie intentaba persuadirlo de acompañarlo, siempre al final del día prefería caminar hacia el parque y sentarse a leer la prensa o simplemente a ver pasar gente con tal frenesí que le causaba gracia. ¿Porque todo el mundo corre? – Se preguntaba y se respondía con igual rapidez – debe ser el hambre o el cansancio. Quieren descansar y estar con sus familias – Eusebio divagaba en su mente a ratos, recordaba el olor a la selva, el verde que le llenaba las mañanas y el rocío que le daba fuerza para continuar. Se remontaba

muchas veces a los destacamentos o a las veredas en Uspantan, Quiche o viajaba hasta el bosque que protegía las fincas de Nentón. Todo aquello le parecía hermoso, media vez su mente no le hiciera jugarretas de sangre. Recordaba con cierto gusto la cueva de Las Pacayas, y las muchas veces que se adentró en las entrañas mismas de la montaña, a veces para descansar, otras para buscar subversivos, el fin no importaba, lo que le gustaba era el lugar, el olor a tierra mojada, el sonido hueco de su voz rebotando en las paredes de la cueva o los susurros del viento que corría esquivando las estalactitas milenarias.

Así le llegaba la noche, con las muchas aves que anidaban en los ficus sembrados alrededor del kiosco en el centro del parque, el sol se le escondía tras los edificios viejos que rodeaban el parque sin que él pudiera notarlo, una a una iban encendiendo las luces de la iglesia, de la estación de policía, los faroles añejos del parque haciendo juego con el alumbrado público moderno de las calles y avenidas cercanas. Todo se oscurecía por un instante y al instante siguiente una luz automática pintaba el suelo con sombras y matizaba los cuerpos con un color vainilla, encendiendo también otros sonidos y aumentando el murmullo de la gente que poco a poco llegaba al parque para abordar buses en todas direcciones. Así se quedaba vacío el pueblo, de a pocos.

Eusebio reaccionó entonces y un leve miedo se apoderó de él, la noche había llegado y con ella, la hora de dormir – ¿Será otra batalla o podré dormir? – un letargo en su mente le puso de pie, sin ver su reloj empezó a caminar hacia su casa, devorando la distancia como era su costumbre, unas cuadras más adelante se le atravesó en el camino un hombre alto, con porte militar, lo saludó cordialmente – buenas noches coronel – Eusebio respondió el saludo sin tanto afán, ambos prosiguieron su marcha y Eusebio dudó por un instante – ese rostro se me hace conocido – una leve pausa en su andar pero al instante siguiente, prosiguió. Al llegar dejó las llaves en la misma mesita, se dirigió a la sala, puso algo de música y se procuró alimento en la despensa, en la refrigeradora, se preparó algún tipo de cena y la soledad se sentó a su mesa. La noche parecía haber traído con ella a la melancolía, al final de cuentas, Eusebio también tenía un corazón y en su interior un sentimiento rasgado. Su mente recordaba tantas cosas, sus hijos, su esposa, aquellos pocos días de felicidad cuando aún tenía una familia, las cenas en su antigua casa, las tareas de padre, de amante, de esposo. Irónicamente prefería la distancia y las sensaciones de añoranza. Se sirvió una copa de vino para acompañar la cena y brindó por esos días. Entre

recuerdos y vino terminó su cena, Eusebio, como todo militar, era ordenado, disciplinado. Levantó su plato y se dirigió a la cocina, lo lavó sin dejar su copa de vino, inclusive, se sirvió una más. Después de esto, se dirigió a su cuarto en el segundo nivel de su casa, se cambió de ropa y se acostó para ver un poco de televisión. Los canales no exhibían nada bueno, alguna película repetida, resúmenes de noticias, deportes en diferido. Recorrió los noventa y pico de canales y nada. Un sorbo más de vino, apagó la televisión, se levantó, copa de vino en mano. Su habitación tenía un amplio balcón que daba a la calle, con un cómodo sillón, así que se dirigió hacia él. Era una noche increíble, como muchas del mes de julio, además el pueblo no producía suficiente contaminación aún, así que el cielo estrellado era un cuadro magnífico. Los sonidos de la calle eran distractores perfectos para su melancolía. Niños jugando en las últimas del día, perros ladrando, algún vecino con la telenovela con demasiado volumen. Todo se conjugaba para ayudarlo a divagar. Clavó la vista en lo alto y su mente se remontó a una noche de tantas, a cientos de kilómetros de ahí, escondido entre la selva, con cielos estrellados aun más bellos, enmarcados entre copas de arboles y sonidos silvestres, con aroma a flores y a hierba mojada por el rocío nocturno que le refrescaba el cansancio.

Eusebio sintió miedo durante tantas noches, durante tanto tiempo que ahora el miedo parecía no existir. Estar en la selva, dormir a la intemperie, escuchar a la tierra hablarle en el lenguaje de balas y acecho. ¿Cuántas veces había escapado en plena madrugada a un ataque subversivo? ¿Cuántas noches realmente había conciliado el sueño? ¿Cuántas madrugadas le había encontrado escondido? y ahora la calma, el confort de una cama tibia, de una casa segura, sin balas, sin acecho, sin guerras, sin enemigos... Eusebio observaba muy tranquilo a la gente pasar por la calle – buenas noches coronel, ¿meditando? ¿Disfrutando el paisaje? – preguntó don Alejandro, uno de sus muchos vecinos de la cuadra, a quien no se dirigía sino fuera por motivo de las fiestas de fin de año o por algún favor que le pidiera – buenas noches don Alejandro, pues aquí, matando el tiempo, degustando el cielo – respondió tranquilo Eusebio – es una noche preciosa – dijo don Alejandro – me recuerda a las de mi pueblo – completó – ¡ah!, si – respondió Eusebio – son increíbles ¿y de dónde es usted? – preguntó Eusebio, don Alejandro detuvo su paso – soy de Gualán, Zacapa – dijo don Alejandro – tiene unos cielos estrellados increíbles, casi se pueden contar las estrellas – dijo riendo torpemente, Eusebio rió también – estos cielos me

recuerdan las montañas de Quiche o Huehue – dijo Eusebio – por supuesto, el interior del país tiene lugares preciosos, es una lástima no poderlos ver tan a menudo – dijo don Alejandro – pero no nos podemos quejar – completo Eusebio – tiene razón coronel, estos cielos son igual de bellos – dijo don Alejandro haciendo una leve pausa mientras miraba hacia arriba – bueno coronel, que tenga feliz noche – dijo mientras reiniciaba su marcha y observaba a Eusebio – gracias don Alejandro, igualmente para usted – dijo Eusebio mientras daba otro sorbo a su copa de vino a medio llenar. Don Alejandro se perdió entre las sombras de la cuadra.

Poco a poco el sonido real de la noche fue apoderándose del lugar, ya era suficientemente tarde para que los niños estuvieran jugando en la calle, la novela ya había terminado dando paso a los titulares de los telediarios, los perros y otros animales ya estaban durmiendo sin promover sonido alguno, tan solo estaba Eusebio, los grillos, el viento y el zumbido de un transformador eléctrico que colgaba en un poste del alumbrado público a unos cuantos metros de él. Estaban las sombras corriendo entre los huecos de las aceras y una leve luz queriéndolas matar. Era la luz que emanaba del balcón de la casa de Eusebio. Un sorbo más a su copa de vino, uno más y otro más, hasta que la vació, pensó en llenarla de nuevo pero se arrepintió al instante y decidió quedarse simplemente escuchando a la noche, persiguiendo con la vista las palomillas revoloteando en torno al poste de luz. El tiempo continuaba su marcha y Eusebio se encontraba en paz consigo mismo y con su conciencia.

El cansancio le invadió el cuerpo, los ojos se le pusieron pesados, el sueño le llegó así tan de repente que casi se queda dormido en el sillón del balcón. Adormitado se enfiló a su cama, cerró la puerta que daba al balcón y apagó las luces. Se acostó en su cama y se quedó dormido tan rápidamente que olvidó apagar su lámpara de mesa, al costado de su cama. En sus sueños recientes todo había sido relativamente tranquilo, la última pesadilla había tenido lugar hacia ya casi dos semanas y desde entonces estaba durmiendo tan relajado, quizás gracias a algunas copitas de vino que le provocaban sueño, o bien, gracias al cansancio de un día laborioso. En general estaba conciliando el sueño como no lo había hecho en bastantes años. Y así transcurrió la noche de aquel martes, tranquila, desmayada, sin batallas, sin pesadillas, hasta ver la luz del día siguiente.

Eusebio era un hombre que no acostumbraba dormir de más, su radio reloj despertador se encendía siempre a la misma hora, las seis de la mañana, a esa hora, generalmente, los rayos del sol ya le acariciaban el rostro sutilmente, la claridad del día había llenado los resquicios más lejanos, el trino de los pájaros en los arboles cercanos, en los del cerro, los animales de las vecindades ya degustaban del nuevo día. Muchas personas que trabajan en la ciudad ya se dirigían a sus labores, el sonido de los tacones rasgando el pavimento de las calles de su colonia, los autos encendidos, las puertas cerrándose, los buses escolares, todo cobraba vida para ofrecerle un concierto de actividad, de movimiento, de gente precipitada yendo con un vaivén tan rutinario como el vivir mismo. Así despertaba Eusebio, con las notas del himno nacional sonando en su radio reloj. Esas notas eran algo que él llevaba en la sangre y le hacían sentir el mismo amor de siempre por su patria, desde que le tocó aprenderlo letra a letra, estrofa por estrofa, bajo el acoso de sus superiores cuando aún era un alumno nuevo en la Escuela Politécnica de Guatemala. Cantando noche y día, corriendo, caminando, recordaba con mayor fuerza las formaciones, cuando cantando, le insertaban una llave en medio de los dedos y lo hacían empuñar la mano para luego girarla como queriendo abrir una puerta que sangraba en completo silencio, las cicatrices aun le ardían; recordaba haberlo cantado incluso mientras comía o estudiaba, estando despierto, en el bus, en el bosque, en la calle, incluso dormido su mente lo entonaba.

Le había calado el ser, eran esas notas las que reforzaban su patriotismo, su amor por la nación y esa idea de defenderla de cualquier persona que profanara su paz, su libertad, sus fronteras. De manera casi mecánica, inconsciente, automática. Su mente entonaba la primera estrofa mientras sus ojos se abrían al compás de la música y sus letras “...ni haya esclavos que laman el yugo, ni tiranos que escupan tu faz...”

Durante tantos años Eusebio se dedicó a practicar sus conocimientos militares, sus estatutos, sus normas, sus principios, su misión, su visión, su finalidad como ente encargado de velar por la soberanía de Guatemala. Nunca preguntó ¿porque? O ¿para qué?, nunca preguntó si al que mataba ¿era culpable? o ¿de qué se le acusaba?, simplemente defendía su nación, su patria, el suelo que lo vio nacer y así mataba, así mató, creyendo a todos enemigos y velando por su país. Seguir órdenes sin preguntar era su única orden real. No sentir compasión, no confiar en nadie que no fuere su igual. Con la mente y las ideas

cuadradas, convencido ciegamente de que existía una justificación para matar a todo aquel que fuera considerado enemigo de Guatemala.

Era la mañana del miércoles once de julio, Eusebio se despabiló poniéndose de pie, como era su costumbre, se puso ropa cómoda, un par de zapatos tenis, tomó sus llaves de la mesita y salió de su casa rumbo a la misma colina de siempre, la noche había sido tranquila, pero la fecha le afectaba levemente, era un aniversario más de algún acto que Eusebio no quería recordar. Durante el mes de julio casi siempre lo traicionaba su mente – fue en ese mes cuando llegue a Playa Grande por primera vez – se decía a sí mismo – fue en julio también cuando fui transferido a Huehuetenango – completaba sus recuerdos con aire nostálgico. A donde quiera que fuera, no podía escapar a la fecha, si no era el recuerdo de alguna masacre, era el de un combate o el de una tortura, la gente lo veía hablar solo en la esquina, en el bus, en el atrio de la iglesia a donde frecuentemente iba a escuchar la misa y a pedirle perdón a un ser supremo en el que no creía, al cual no conocía, pero que decían le podría ayudar.

El invierno copioso o el calor embustero también le avivaban recuerdos. Sin embargo, Eusebio se esforzaba por vivir lo mejor posible, así que se encauzó relajado en su caminata diaria. Atravesó la colonia casi desapercibido, luego el pueblo hasta llegar a los campos de fut donde se detuvo un rato a descansar. Varias personas trotaban alrededor del lugar, hombres, mujeres, jóvenes, viejos, algunos simplemente caminaban. Eusebio pensó entonces si alguna de aquellas personas padecía lo mismo que él, se fijaba detenidamente en los hombres de mediana edad, buscando algún rostro conocido o alguna actitud en común que diera muestras del tormento causado por la guerra, pero nada, pasó algunos minutos en esta tarea pero no obtuvo resultados positivos, no reconoció a nadie ni nadie lo reconoció a él. Decidió entonces continuar su camino, a las orillas del lago perseguía los rostros aún, buscando algo que ni el mismo entendía, pero nada.

Llegó al camino que se adentraba en la montaña, todo aquel lugar se le asemejaba tanto a los parajes conocidos en las cercanías de la zona militar de Huehue, el olor, el color, el sonido, todo era tan parecido. El lugar no era muy transitado y daba chance entonces a meditar muchas cosas, preocupaciones, delirios, recuerdos. Eusebio había aprendido a manejarlos cada vez mejor. Se sentó un rato sobre una roca a la orilla del camino, la arboleda le causaba cierta sensación de angustia. Giraba la vista constantemente, buscaba

sombras, por instantes le parecía verlas pero luego ya no. Cerró los ojos dos segundos y se incorporó para comenzar a subir. Conforme avanzaba, iba apareciendo a su espalda la vista magnífica de un lago en peligro, sucio y contaminado por las vertientes de los desagües de la ciudad. Los árboles se hacían más pequeños, la roca donde había descansado ahora se veía la mitad de pequeña. Los carros se veían igual de chiquitos. Las aves le coqueteaban revoloteando a su alrededor. Mariposas en letargo resurgían con su paso por la vereda. Sus piernas se empapaban con el rocío almacenado en el pasto. Subía sin prisa y de cuando en cuando volteaba para ver el paisaje, todo el pueblo se veía desde ahí, incluso su colonia, las antiguas vías del tren que llegaban justo a la vieja estación abandonada. Diminutas lanchas avanzando a las orillas del lago, casitas, personitas, carritos, caballitos. Sentía como si su mente lo transportará a otra dimensión de paz donde no existían sus suplicios; continuaba su marcha hasta llegar a la cima, su escondite, su altar de serenidad, de ausencia, de silencio mental.

Empezó a ordenar sus ideas, sabía que julio era difícil de pasar en calma. Llevaba años padeciéndolo y al parecer este podía ser distinto – doce días conciliando el sueño, sin despertar por las madrugadas, sin batallar por las noches – dijo para sí mismo mientras buscaba un espacio en el claro de la cima que estuviera menos mojado que el resto. Se acomodó, primero sentado, para observar el panorama, se embelesaba dirigiendo su vista en todas direcciones, veía los volcanes, “el de Fuego”, “el Acatenango”, “el de Agua”, “el de Pacaya”. Veía las montañas que formaban un corredor, en el cañón de Palín, los bosques y la diminuta carretera que los atravesaba en un zigzag atrevido que desaparecía en tramos a su vista.

Tomaba un auto a la distancia, lo seguía por la ruta durante unos minutos, lo veía desaparecer en alguna curva para luego aparecer nuevamente algunos segundos después. Giraba su vista apuntando al lago, barquitos desplazándose, dejando un surco blancuzco sobre el agua, como rastro temporal, rompiendo la parsimonia de la superficie verde acuosa. En silencio pensaba en nada, disfrutaba de todo. Se recostó en la grama como de costumbre, el cielo limpio de la mañana, las nubes gordas que transitaban lentas, su mente no pensaba en nada o quizá, pensaba tantas cosas que su mente no respondía bien. Con un leve suspiro empezó a sentir como la hierba mojada le mojaba la espalda, fresco rocío matutino. El olor a tierra agradecida se le metió en la nariz, cerró los ojos y se quedó

dormido. Su mente viajó entonces y en su sueño se vio caminando por el sendero que lleva hacia la finca San Francisco, iba en busca de un campamento del EPG (Ejército Guerrillero de los Pobres) que según sus fuentes, estaba cerca de un desvío en la vereda principal, sin embargo, no habían tenido éxito en la misión, un capitán de apellido Montufar lideraba la patrulla, se le notaba molesto por el fallido intento de encontrar el campamento subversivo y lo patentaba en su rostro. Sigilosamente se acercaron a un poblado, ocho casas formando un corredor entorno a la vereda, se veía despoblado, no era raro en aquellos días donde la gente prefería huir a las montañas antes que ser torturada por el ejército o por la guerrilla. Los militares entraron cautelosamente, pues también las emboscadas eran comunes. El capitán Montufar llamó a Eusebio – ¡subteniente Pacheco! – dijo con voz queda para no llamar la atención – diríjase con la mitad de la patrulla hacia las casas de la derecha, entre y saque a todos los que encuentre. Estos indios cerotes nos van a confesar donde está el campamento de la guerrilla o se mueren ahorita mismo – Eusebio sólo atinó a obedecer la orden, llamó a unos siete hombres más y una a una fueron derribando las indefensas puertas de las casitas de lepa. En la primera casa no encontró a nadie, sus hombres fueron a la segunda y tercera con el mismo resultado. Un soldado raso patió la puerta de la ultima casa del lado derecho de la vereda derribándola como si fuera de cartón, entró empuñando su fusil y encontró a una mujer con sus tres pequeños hijos desgranando maíz – ¡Salí agorita mesmo que mi capitán quiere hablarles! – gritó sin dejar de apuntarlos con el fusil, los tres pequeños, dos niños y una niña, dejaron todo entre gritos y corrieron a refugiarse entre las naguas de su mama, quien también se asustó al ver al soldado empuñando su fusil y gritando – ¡agorita salimos pero no mates mi hijos! – contestó la mujer.

El capitán y sus hombres tuvieron más suerte y sacaron a punta de fusil a tres viejos, dos mujeres y cinco niños, uno de ellos bebecito todavía, en brazos de su mamá, los reunieron en la vereda y los obligaron a caminar saliéndose de la misma, entre la arboleda, unos cien metros. Una vez ahí los junto a todos y les dijo – ahorita mismo me dicen donde está el campamento de la guerrilla, tenemos información de que ustedes los ayudan, así que si no nos dicen se mueren – dijo el capitán con voz fuerte, casi gritando.

Nosotros no sabemos nada – dijo uno de los viejos, entre los gestos de susto de las mujeres y el llanto de los niños – nosotros miramos guerrilla pasar, hace dos días, pasaron quitando tortillas, animalitos míos, agua y sal – decile a esos ishtos que se callen o los callo

yo – vociferó el capitán, el bebé no dejaba de llorar y su mamá no podía hacer nada para calmarlo – le juro que aquí no ayudamos guerrilla, ellos roban cosas, guerrilla no pide permiso para llevar gallinitas – ¡babosadas son esas! – gritó el capitán, a quien ya le fastidiaba el llanto del bebe – ¡hace que se calle tu hijo o te morís! – le dijo el capitán a la mujer, quien hacia todo lo humanamente posible por callarlo pero que en su alteración solo lograba hacer que gritara más – ¡Eusebio! – Dijo el capitán – agarre a uno de los hombres, usted ya sabe que hacer – entonces Eusebio agarró a uno de los viejos y lo hincó de un culatazo – ¡poné las manos atrás de la nuca! – le gritó Eusebio – ¡ahora si me vas a decir la verdad o se muere este viejo! – le dijo el capitán al viejo que estaba hablando, mientras con su escuadra señalaba al otro hincado – ¡pero nosotros no conocemos guerrilla, no ayudamos guerrilla! – dijo el viejo, a quien el miedo le hacía temblar la voz, las piernas, los ojos, las manos, las ideas – ¡Eusebio! – volvió a gritar el capitán, una leve pausa, el viento galopando entre las copas de los arboles, Eusebio se acercó al viejo, apuntó su escuadra a la cabeza y jaló el gatillo.

Eusebio despertó ofuscado, con la respiración alterada. Se sentó sobre la grama y sintió como el sol le calentaba la cara, vio su reloj – las cero ochocientos cuarenta – dijo con aire de atraso, para su suerte, no había transcurrido más tiempo de la cuenta, así que se apresuró a descender de la cima, caminó a toda prisa hasta llegar al parque, abordó un busito que lo llevara a su casa, luego, el mismo ritual de siempre, el baño, la ropa, las llaves y a trabajar.

Eusebio llegó a su trabajo casi veinticinco minutos más tarde de lo habitual, pero nadie dijo nada, un atraso no era significativo para alguien como Eusebio – buenos días coronel – lo saludaron al entrar – buenos días – respondió con la respiración aun agitada por caminar tan aprisa. Se sentó en su escritorio, encendió su computadora y comenzó a trabajar en sus actas. Al cabo del tiempo se acercó Luis – buenos días coronel, ¿Que le pasó hoy? – preguntó – pues un ligero atraso en mi caminata matutina – respondió Eusebio, haciendo un leve gesto de culpa – ¿Pero todo está bien coronel? – volvió a preguntar Luis, quien a veces presentía que el coronel no estaba del todo bien – sí, gracias por preguntar Luis, todo está muy bien – mintió Eusebio para no evidenciar los problemas que sufría a causa de su devastada mente – bueno, entonces nos vemos al almuerzo, coronel – se

despidió Luis, dándose la vuelta para volver a su escritorio – seguro, ahí te veo – respondió Eusebio.

La mañana transcurrió aprisa, sin darle tregua a Eusebio en el trabajo, cuando se percató, ya era hora del almuerzo, bloqueó su computadora, salió de la municipalidad y se encaminó a un pequeño comedor en la esquina opuesta. Al llegar lo recibió una joven indígena de nombre Agustina, que atendía en el lugar – buenas tardes coronel, ¿qué va a almorzar? – preguntó con una sonrisa que enseñaba la mazorca de dientes – hay pollo encebollado, milanesa y filete de pescado – completó – buenas tardes Agustina, traéme una milanesa – dijo Eusebio – ¿y de tomar? hay fresco de tamarindo y de jamaica – volvió a decir la joven – traéme uno de tamarindo, ¿Luis no ha venido todavía? – preguntó Eusebio mientras veía su reloj – todavía no coronel – dijo Agustina quien ya se marchaba a la cocina.

Eusebio estaba en una mesa cerca de la puerta viendo hacia la calle, cerró los ojos por un instante, luego los abrió y comenzó a mascullar algunas palabras, la gente que estaba en las otras mesas veía al coronel con cierta normalidad, Eusebio giró la vista – buenas tardes – dijo dirigiéndose a una pareja de empleados de la municipalidad que estaba sentada a dos mesas de él – buenas tardes – respondieron sin mayor afán mientras continuaron degustando su almuerzo – Eusebio continuó musitando palabras al azar, frases sueltas, quizá alguna conversación inconclusa con sus miedos o con los recuerdos – ¡disculpas coronel! – dijo Luis al entrar al comedor – no lo vi salir, ¿ya pidió? ¿Cuál es el menú de hoy? – Eusebio se pintó una sonrisa en el rostro – ya pedí Luis, para hoy hay milanesa, pollo encebollado y filete de pescado – dijo Eusebio – creo que pediré un filete de pescado y una gaseosa, ¡Agustina! – gritó Luis para llamar a la joven – ¡traéme un almuerzo de filete y una coca, por favor! – vaya don Luis – dijo Agustina desde el otro lado del mostrador.

Coronel – dijo Luis – ¿puedo preguntarle algo? – Eusebio respondió afirmativo con un movimiento de cabeza, se le notaba distante y preocupado – ¿Qué le sucede? mucha gente dice que se está volviendo loco por los recuerdos de la guerra, que lo oyen hablar y hasta a veces maldecir mientras camina solo por la calle, o cuando va en el busito. ¿Es cierto eso Coronel? – Eusebio abrió los ojos un poco más, Luis era una persona a quien él le había tomado aprecio, tanto, que era el único que se sentaba en la misma mesa, pero

nunca le mencionaba nada de su pasado, ni una historia, ni un solo comentario – me temo que si – dijo Eusebio mientras veía a Luis directamente a los ojos – los recuerdos de mis días de combate me han perseguido durante mucho tiempo y a veces me destrozan, me cuesta mucho dormir – completó Eusebio – ¿pero cómo es eso posible? Usted no aparenta coronel, usted se ve sano, físicamente, tiene un buen trabajo, es útil – dijo Luis mientras buscaba con la vista por atrás del mostrador a ver a qué hora le traían su comida – vos lo has dicho Luis, físicamente me veo bien, y estoy bien, pero mi mente no lo está – le respondió Eusebio – ¿No ha buscado ayuda, coronel? – preguntó Luis – espero que no le moleste el comentario coronel, pero creo que lo mejor sería eso, puede que se vuelva aun peor, que se haga daño o se vuelva violento – terminó diciendo. Eusebio giró un poco la cabeza, su vista se perdió por algunos instantes en la gente que pasaba por la calle, luego dijo – la verdad te digo, lo he pensado varias veces pero ¿y si no pueden ayudarme? ¿y si me encierran en un hospital para locos? ¿o si me juzgan? ya ves con eso de los acuerdos, hasta al bote puedo ir a parar – ¿y tan malo fue pues coronel? – preguntó Luis con cierta incertidumbre, Eusebio rió con un leve sarcasmo y no respondió. En ese mismo instante, Agustina apareció llevando el almuerzo Eusebio, con su fresco de tamarindo con hielo en un vaso grande, también llevaba la coca de Luis y su filete de pescado – disculpen la tardanza, pero no tenía tortillas y tuve que echar unas al comal ahí rapidito, que tengan buen provecho – dijo la joven – no importa Agustina, gracias – respondió Eusebio, tomando un sorbo de su fresco mientras Luis comenzó a comer. Así se quedó la charla, sin una respuesta de Eusebio, pero Luis no le dio mucha importancia ni quiso insistir y se dedicaron a comer hablando del trabajo y otras cosas.

La jornada de trabajo vespertina transcurrió tan aprisa como la matutina, Luis pasó despidiéndose de Eusebio a las cuatro y cinco minutos. Eusebio apagó su computadora y guardó sus cosas. Salió de la municipalidad y se dirigió al parque, no se sentía muy bien para quedarse sentado a ver pasar a las personas, abordó el busito y se fue a su casa. Al llegar dejó las llaves en la mesita, encendió la televisión y se tiró a su cama, la charla con Luis le estaba dando vueltas en la cabeza, realmente necesitaba ayuda y no sabía qué hacer, era un temor aparte – ¿y si resultaba cierto eso de volverse violento? ¿y si empeoraba hasta llegar a hacerse daño? – pensaba Eusebio mientras recorría los noventa y pico de canales de la televisión. Una y otra vez cambiaba el canal, hasta que lo hacía por inercia, su mente no

estaba ahí, estaba en otro lugar – ¿Violento yo? ¿Hacerme daño a mi mismo? – decía arrítmico en su cabeza. Lentamente fue cerrando los ojos hasta quedarse completamente dormido. Abrió los ojos en una oscura habitación hedionda a creolina, pero que no podía ocultar el olor a miedo, a muerte, a sangre revuelta con miados. En el centro de la habitación había una mesa de madera, grande, con manchas oscuras donde jugaban las moscas, en las cuatro esquinas tenía unos cinchos de cuero gruesos. Colgando del techo, justo sobre la mesa, había una bombilla escupiendo una leve luz amarillenta por todo el lugar. En una esquina de la habitación había un hombre hincado, atado de pies y manos, con un saco de manta negra cubriéndole la cabeza. Estaba el capitán Montufar, dos soldados rasos y Eusebio. Sin mediar palabras los soldados levantaron al hombre y lo llevaron hacia el centro, lo despojaron de sus ropas y lo tendieron sobre la mesa sin quitarle el saco que le cubría la cabeza. Lo sujetaron de las muñecas y los tobillos con los cinchos de cuero, mientras aquel hombre les vociferaba algo en su lengua natal que no era español sino mam, luego uno de los soldados le colocó otro cincho de cuero rodeándole el cuello para sujetarle la cabeza – ahora si me vas a decir lo que sabes hijoeputa, vamos a ver de que estas hecho – le dijo el capitán Montufar al hombre que yacía sobre la mesa. Le propinó seis trompadas con saña mientras el hombre gimió levemente y le gritaba algo en su propia lengua – ya te dije que no me hablés en lengua hijo de puta – le habló el capitán mientras le propinaba otra serie de trompadas. Esta vez el hombre gimió un poco más fuerte por el dolor – dame la manopla, este indio cerote va a aprender que con el ejército no se juega – le dijo a uno de los soldados que estaba con él, este le entregó un artefacto de metal con cuatro agujeros donde iban los dedos, era una placa con ocho o diez puntas de unos cinco milímetros de largo, puntiagudos. El capitán se la colocó en la mano derecha y le volvió a dar otra serie de golpes en el rostro, el saco de manta negra comenzó a humedecerse por sobre el pómulos izquierdo del hombre. La sangre empezó a escurrirle en un chorrito que le recorría el cuello y comenzó a hacer un charco sobre la mesa – Decime donde está el campamento de la guerrilla, yo se que vos sabes cómo llegar, conocés el desvío cerca de la vereda que lleva a San Francisco, es mejor que me digás porque si no te vas a morir – el hombre parecía no inmutarse y no profería palabra alguna – te las llevas de huevudo – dijo el capitán – ahorita vas a saber lo que es bueno – completó mientras se quitaba la manopla y se la entregaba a Eusebio – ayúdeme subteniente, este indio quiere por las malas – le

habló el capitán. Eusebio se colocó la manopla y se acercó a la mesa. Después el capitán desenvaino su cuchillo y le hizo un corte a lo largo del pecho, empezando justo en medio de las tetillas y terminando cerca del ombligo, el hombre dio un alarido que se ahogo con las trompadas que le propinaba Eusebio.

El capitán tomó los extremos de la herida con sus manos y de un fuerte tirón le rasgó la piel como quien se rasga la camisa. Los gritos del hombre se seguían ahogando con los golpes que le propinaba Eusebio – alcanzáme el bote blanco – le dijo el capitán a uno de los soldados, quien se volteo hacia una mesita que estaba cerca de la otra esquina de la habitación, donde habían unas cajas, un bote blanco, un bote amarillo, un tubo y otros artefactos corto punzantes. El soldado le entregó al capitán el bote blanco, este le quitó la tapa y saco un puñado de sal – todavía estas a tiempo de hablar, si me decís lo que quiero oír, te dejo ir, ¿o ya no querés volver a ver a tu familia? – le preguntó con un tono fingido. El hombre seguía sin decir ni una palabra – ¿vale la pena morir por la guerrilla? – le dijo mientras rociaba el puñado de sal sobre la herida abierta, el hombre soltó alaridos desgarradores que llenaron la habitación y se escaparon por debajo de la puerta. Eusebio se quedó congelado por un instante al ver la escena, pero luego continuó propinándole golpes al hombre, en los pómulos, en el centro del rostro, en la barbilla, en la frente, los ojos, incluso escuchó el crujir de los huesos de la nariz tras un golpe certero – ¡decime algo pues guerrillero cerote o aquí te morís! – gritó el capitán – parece que éste nos va a costar – le dijo a Eusebio, mientras sonreía con placer. Entonces, el capitán, volvió a tomar su cuchillo y esta vez le hizo un corte en el escroto, otro más en el pene, eran bastante profundos – casi le cercena los genitales – pensó Eusebio – luego el capitán tomó otro puñado de sal y repitió la operación sobre las nuevas heridas del hombre. Los chillidos esta vez fueron más fuertes, Eusebio trató de callarlos a golpes pero no lo consiguió. La sangre le escurría por todo el cuello, la mesa tenía una posa oscura, la sangre estaba escurriendo hacia una esquina.

El capitán Montufar parecía estar disfrutando el hecho diez veces más que Eusebio. Le hizo dos cortes más en el pecho y repitió la operación rociándole sal, pero el hombre no emitía palabra alguna – Este hijoeputa cree que va a poder más que yo – dijo el capitán dirigiéndose a Eusebio y a los dos soldados que se limitaban a observar y callar. Eusebio había dejado de darle golpes en el rostro porque a cada golpe que le daba, le crujían los

huesos, como machacando hielo envuelto en un trapo, además la sangre ya le salpicaba hasta el propio rostro con cada puñetazo que le propinaba – Alcanzáme la tenaza – le dijo entonces el capitán al mismo soldado que le había dado el bote con sal – Agárrenle las piernas – dijo el capitán mientras recibía la tenaza. Los dos soldados se acercaron a cada lado de la mesa, cada uno le sujetó una pierna – ¡Eusebio! – dijo el capitán – agárrele el pie con fuerza, que no se les vaya a soltar – completó el capitán. Eusebio se acercó al hombre y le tomó el pie derecho con ambas manos. El capitán entonces le atrapó la uña del dedo medio con las tenazas, el hombre apretó los dedos en un reflejo supremo de supervivencia, logrando sacar la uña, el capitán hizo un gesto de malestar – suéntenlo un rato – dijo el capitán; se dirigió a la mesita donde estaban los botes, tomó el tubo, se acercó de nuevo al hombre sobre la mesa y le descargó un golpe a la altura de la espinilla sobre la pierna derecha. El hueso crujió espantoso, el hombre chilló con tanta fuerza que probablemente las aves del bosque se asustaron – así está mejor, este indio cerote no sabe con quién se ha metido – dijo el capitán – ahora agárrele el pie izquierdo – le dijo a Eusebio – repitió la operación atrapándole la uña con las tenazas, esta vez la del dedo gordo, se la arrancó de un solo tirón, el hombre volvió a chillar por el dolor pero no dijo nada, entonces el capitán repitió la operación con los siguientes cuatro dedos, fue ahí cuando el hombre quedó desmayado por todo el dolor. El capitán dijo entonces – este hijoeputa no va a decir nada, Eusebio, termine el trabajo – limpió su cuchillo, se limpió las manos y el rostro de las salpicaduras de sangre y salió de la habitación. Los dos soldados se vieron uno a otro, entonces Eusebio desenfundó su escuadra, se acercó al hombre sobre la mesa, la apuntó al centro del rostro y jaló el gatillo.

Eusebio despertó con el sonido de una ametralladora de cuetillos que alguien detonó en la cuadra. Estaba transpirando y su corazón latía acelerado. Apagó la televisión, se sentó en la orilla de la cama, vio su reloj que daba justo las cinco treinta de la tarde, aun estaba claro, las palabras de Luis rebotaban en las paredes de su mente – ¿yo violento? – rió sarcásticamente – si supieras la verdad Luis, creo que no serias mi amigo – se dijo Eusebio mientras se ponía de pie.

Era temprano aun, así que decidió salir, los recuerdos estaban arreciando de nuevo, por alguna razón que él no entendía. Pensó que salir a caminar le podría ayudar. Se dirigió a la sala de estar, tomó sus llaves y salió de la casa – quizá dar una vuelta por el pueblo me

haga bien – pensó para sí – podría comer afuera, sentarse en el parque, caminar por la playa publica del lago, cualquier cosa menos el encierro y la soledad. Además, caminar le ayudaba a su salud, respirar aire puro mientras atravesaba los parques de la colonia, llenos de pinos y arbustos, con veredas de tierra y hojarasca. Tenía la yesca como alfombra. Todo el camino trataba de pensar en la realidad, cruzó en la esquina de su cuadra y se encaminó un poco más lento de lo habitual, en la esquina siguiente un hombre alto y corpulento recostado en un poste lo saludó – buenas tardes coronel – Eusebio respondió con un gesto en su rostro – buenas tardes – lo vio por un segundo y se percató de que era el mismo tipo de la noche anterior pero no le importó demasiado – casualidad – pensó para si mientras continuó su camino.

A unas cuantas cuabras de su casa había un pequeño bosque que debía atravesar para poder salir de la colonia – voy al pueblo, voy a comer algo al pueblo – se repetía constantemente, llegó al bosque tratando de no alucinar, pero no contaba con el canto de las aves que anidaban en los pinos, ni con la espesura del parque, que si bien, era tupido, no lo eran cual la selva de Quiche o de Huehuetenango.

Levantó la vista atraído por el trino de unos pájaros en las ramas más altas de unos pinos viejos, sabios, que hacían un túnel bloqueando sutilmente la luz solar, haciendo un colador de la armonía ante el crepúsculo – había sido un día difícil – pensó.

Poco tiempo tardó su memoria en remontarse a una lejana vereda que conduce a San Francisco, en Nentón, Huehuetenango. El olor a tierra mojada, a yesca, a verde espesor de ideas sosiegas. El silencio en su mente crecía cada vez más, sus pasos seguían firmes pero lentos, su vista recorría con sigilo todo el lugar. Avanzó. Se vio fusil en mano, el uniforme olivo, sus tolvas de reserva en el cinturón. Volteó la vista y le seguía una docena de hombres uniformados, sigilosos también, como esperando, como buscando, avanzando entre la maleza de grandes hojas y enormes parasitas que colgaban de los árboles robándoles la vida o compartiéndola en lo alto. Seis o siete metros en su memoria, luego, un olor putrefacto empezó a llenar el ambiente, hacia ya varios días que una patrulla había salido del destacamento y no se tenían noticias de ellos, ese era el motivo por el cual Eusebio salió a patrullar.

La claridad del día llenaba los ojos, el trino de los pájaros revoloteando en las copas de la selva misma, la maleza inerte, adornada con el rocío matutino y un brillo celeste, pero

también ese hedor a animal muerto, a sangre sembrada en la tierra germinando larvas. Un zumbido de insectos se hizo cada paso más constante, a la vuelta de la esquina, justo al doblar en el palo de amate, estaba el claro, Eusebio lo recordaba muy bien, había una ceiba enorme sembrada justo en el centro, varias veces había pasado por ahí y otras tantas más se sentó a descansar, protegido por su sombra, cobijado por sus enormes ramas. Continuó avanzando, el hedor era casi insoportable, solo porque él estaba entrenado para comer animales en estado de putrefacción en sus cursos de sobrevivencia era que aguantaba aquello sin echar las tripas. Dos pasos más... Un paso más... La escena era grotesca, en las ramas de la ceiba colgaban como adornos navideños, los cuerpos mutilados de unos hombres; tórax, brazos, piernas, cabezas, una decena de cuerpos desmembrados. Eusebio avanzó más despacio aún, todos en guardia, en busca de algún rastro, de una posible emboscada, pero nada, buscaron en los alrededores, entre los arbustos, en los palos altos, pero nada. No había rastros de algún sobreviviente, de algún enemigo acechando, de algún enemigo muerto. No había nada, tan solo la tierra rociada de sangre, de miados, de tripas, de muerte, de saña, de odio, de huellas de botas jugando matar...

Unos minutos más tarde, procedían a intentar identificar los cuerpos o los pedazos de cuerpo. Empezaron por descolgar las cabezas, casi todas tenían los genitales cercenados metidos en la boca, las que no, probablemente era porque ya habían servido de alimento a algún animal carroñero de la selva. Luego las piernas, brazos, tórax, hasta formar varios cuerpos. Se comunicaron por radio al destacamento, dando su posición, hicieron traer una docena de bolsas para cadáveres, las fueron llenando pieza por pieza, tratando de identificar los rostros o lo que quedaba de ellos, algunos sin ojos, otros quemados – ¿Coronel? – Lo interrumpió una voz – ¿Coronel? ¿Se encuentra bien? – Eusebio reaccionó entonces, vio a don Alejandro parado a su lado con cara de asombro tomándole el brazo – ¿Eh? – balbuceó Eusebio – Sí, sí, gracias por preguntar, si estoy bien, solo recordaba algún pasaje del pasado – contestó Eusebio volviendo en sí – me pareció escucharlo hablar con alguien, dando coordenadas – dijo don Alejandro mientras le soltaba el brazo – no se preocupe, no me sucede nada del otro mundo – completó Eusebio – que tenga una buena tarde – dijo Eusebio mientras continuaba su paso, don Alejandro lo vio alejarse con un aire de insatisfacción por la respuesta. Eusebio era un hombre que se había ganado la fama de cuerdo, de responsable y respetuoso, era difícil imaginar siquiera que no lo era. Don

Alejandro se alejó en dirección opuesta a Eusebio, subiendo por entre los pinos y los eucaliptos. ¿Cómo había sido aquello posible? poco a poco la gente encontraba que Eusebio realmente padecía algo, pero ¿cómo explicarlo? Eusebio continuó su marcha tratando de ignorar lo que acababa de suceder.

Llegó al parque del pueblo unos minutos más tarde, se sentó en una banca cerca del kiosco y se relajó. Eusebio no comprendía porque esos recuerdos estaban volviendo a ser tan frecuentes, era tortuoso tener que soportarlos, pensó en la trabajosa tarea de dormir, sería difícil nuevamente. Así observó el atardecer, entre una muchedumbre de personas corriendo en un frenesí incontenible, algunos le saludaban con afán mientras iban en busca del bus – buenas noches coronel – mientras Eusebio se limitaba a contestar – buenas – en un tono frío y distraído. Poco a poco fue mermando el oleaje de personas y Eusebio nuevamente se quedó observando la iglesia, la vieja estación de la policía, sin inmutarse, sin conmoverse. El día estaba llegando a su fin, así que Eusebio se procuró algo de comer, entró en un restaurante de comida rápida y se sentó a la mesa. Trataba de no caer de nuevo en alucinaciones. Observó el menú por no sé cuánto tiempo y se decidió por un combo clásico de hamburguesa y papas fritas con una soda. Degustó su comida pensando en otros tiempos, en buenos tiempos, en su familia y sus pocos recuerdos alegres – Papi, mirá como me tiro – dijo la voz de una pequeña al otro lado de la piscina – con cuidado bebe, no te vayás a golpear – respondió Eusebio. Un chapoteo saltó hasta sus pies descalzos – ya te dije que no seas tan tosca – dijo la voz de una mujer en tono de regaño – dejála, no está haciendo nada malo – rebatió Eusebio – ¡ay vos! – balbuceó la mujer – vení mejor – dijo Eusebio mientras la tomaba entre sus brazos y la amarraba en un beso apasionado. Una risa a la fuerza y un leve gemido de amor brusco se escucharon entonces. Papi, papi – gritó la pequeña – ¿Qué pasa? – preguntó Eusebio liberando a su presa – Te quiero... – Eusebio rió entonces – yo también mi amor... – el recuerdo se escapó de su mente. Eusebio mordió su hamburguesa, el último trozo que tenía aun entre sus manos, comió las últimas papas fritas y un buen sorbo de soda. Respiró hondo. El lugar estaba casi desierto. Tomó la prensa y la hojeó como buscando algo que atrapara su mente. “Capturan a dos narcotraficantes al intentar sacar un cargamento en el Aeropuerto La Aurora”, leyó el titular, medio leyó la noticia y pasó a otra. “Ola de asaltos en buses obliga al gobierno a tomar medidas más drásticas: El gobierno de Guatemala ha hecho salir a patrullar las calles y a vigilar los

buses, a un combinado de Fuerza Especiales, formado por elementos de la Policía Nacional Civil y el Ejército de Guatemala...” – en lo que hemos parado – dijo Eusebio mientras cambiaba la hoja. Anuncios y más anuncios, noticias económicas. “Fuerza invasora estadounidense sufre treinta y cinco bajas: treinta y cinco soldados estadounidenses muertos y dos civiles más, en atentado con un carro-bomba...” – Eusebio, pasó unas hojas más. “Observador español llega al país tras ser abierto un juicio contra los responsables de genocidio durante el conflicto armado en Guatemala: Un juez español ha llegado al país para conocer detalles acerca de la denuncia hecha ante una comisión internacional acerca de los autores de genocidio acusados de utilizar métodos de tortura y estrategias de tierra arrasada, durante el conflicto armado en Guatemala...” – ve pues, lo que faltaba – continuó leyendo la nota pero en ningún lugar encontró una acusación contra la guerrilla – que huevos, ¿y a ellos qué? – se preguntó Eusebio – ¿acaso no existe juicio contra sus delitos? ¿o va a venir una comisión internacional a felicitarlos? – dijo con todo el sarcasmo a flor de piel. Un empleado del lugar lo veía fijamente desde el otro lado del mostrador. Eusebio sintió entonces la mirada y volteó. El empleado lo vio absorto. Eusebio simplemente lo ignoró. Cerró la prensa con cierto enojo, se puso de pie y abandonó el lugar.

La guerrilla también tenía mecanismos de muerte para amedrentar a la gente – decía Eusebio en voz alta, quien avanzaba caminando por la calle hacia su colonia – si yo lo recuerdo claramente, solo falta que les den una medalla y les hagan una estatua a los asesinos – dijo Eusebio que se notaba molesto. Profiriendo maldiciones a regañadientes llegó hasta su casa, con la gente viéndolo hablar solo mientras devoraba las cuerdas. Abrió la puerta, dejó las llaves en la mesita, al lado de la cajita donde guardaba su escuadra, siempre pulcra. Se dirigió al baño con cierta predisposición a recordar – y no aquella vez, cuando llegamos a Sebep, ¿acaso no estaban todos muertos pues? – seguía debatiendo para sí mismo. Su mente regresó en el tiempo, un olor a carne asada le llegó a la mente, se conducían él y sus hombres por la vereda que conduce a Sebep, una aldea de Huehuetenango, todavía se encontraban a unos ochocientos metros de la aldea y la ladera del cerro estaba impregnada con ese olor opacando el de la hierba. No olía a chipilín ni a flores de muerto, sino a carne asada – deben de estar en pleno festín hartándose una vaca o unos cochinos – les dijo a sus hombres mientras seguían subiendo por la vereda. Al cabo de unos minutos vieron correr al lado del camino un pequeño torrente de un líquido

amarillento y el olor a carne flotando en el camino – es grasa de vaca – dijo uno de los hombres de Eusebio – el silencio no era normal, para ser una fiesta no se escuchaban murmullos, ni risas, ni juegos, solo el sonido del fuego aun ardiendo que se arreciaba a cada paso que daban. Al llegar a un punto en la vereda, desde el cual, se veían las primeras casas, Eusebio y sus hombres encontraron una escena que nunca olvidarían. Colgados en el corredor de una casa estaban cinco hombres con los ojos arrancados y los dedos de las manos amputados. Al centro de la aldea, una montaña de personas aun ardía en llamas, amontonadas una sobre otra, desnudas, hombres, mujeres, niños, ancianos. Ese era el origen del torrente de grasa que escurría ladera abajo. El olor ahora era desagradable. Eusebio y sus hombres se pusieron alerta y buscaron por las escasas treinta o treinta y cinco casas de la aldea, en busca de alguien. Uno de los soldados encontró huellas de botas y pies descalzos, chencas de cigarro, cascabillos; le avisó a Eusebio y decidieron seguir el rastro que se internaba en el bosque hacia un lado del camino. Varios metros adentro, encontraron a una mujer desnuda con las piernas abiertas y semen embarrado por todo el vientre. Un tiro en la cara. Más adelante, cubierta con unos bejucos, la entrada a un pequeño agujero. Uno de los soldados se acercó cautelosamente mientras los demás vigilaban atentos. Movi6 los bejucos con la punta del fusil y se llev6 una sorpresa al encontrar a dos peque6os ni6os, de unos cinco o seis a6os uno y el otro m6s peque6o – ¡no mi mate, yo no guerrilla, yo no ejercito! ¡yo no hice nada! – decía el m6s grandecito mientras lloraba abrazando fuertemente al otro – ¡no mate mi hermanito, ya mamá muerta, papá muerto, todos muertos ¡hombre malo mat6! ¡yo vi como matan mi hermana! ¡Mama, venga! – chillaban sin soltarse uno del otro. Eusebio se acerc6 entonces y le dijo – shhh, calláte, no te vamos a hacer nada, salí de ahí – el ni6o rehus6 diciendo – no, no salgo, hombre malo dijo q’iba regresar a matarnos, ¡vos hombre malo! – Eusebio se sorprendió con la actitud del ishto y volvi6 a decir – que salgás te digo, yo no soy hombre malo, no les vamos a hacer nada – el ni6o volvi6 la cabeza para ver a Eusebio, la cara le sangraba de un p6mulo al m6s grande y el peque6o tenía el ojo cerrado, sangrando e hinchado del golpe recibido – ¿decime, como eran los que vinieron antes? – El peque6o lo vio tristemente y dijo – estaban vestidos como vos, así de ese color, tenian pelo largo, pelo en la cara y trayian sus pistolas largas como esa que tenés – señalando el fusil de uno de los soldados.

Un golpe en la puerta hizo reaccionar a Eusebio, salió disparado del baño, arreglándose el broche del pantalón. Otro golpe en la puerta – ¡van! – gritó presuroso. Abrió la puerta y encontró a don Alejandro – coronel, solo pasaba a saludarlo, ¿se encuentra bien? – preguntó con cierto dejo de morbo en su voz – si gracias don Alejandro, estoy bien – me preocupa que no sea cierto – afirmó don Alejandro – le aseguro que lo que vio por la tarde no es para alarmarse – respondió Eusebio con frialdad y sin invitarlo a entrar – comprendo coronel – dijo entonces don Alejandro mientras veía a Eusebio de pies a cabeza – si necesito algo se lo hare saber – concluyó Eusebio – ahora si me disculpa, tengo algo en la estufa – mintió Eusebio y don Alejandro se despidió – que pase feliz noche coronel – gracias, igualmente – dijo Eusebio mientras cerraba la puerta.

Era evidente que los recuerdos de Eusebio le estaban jugando de nuevo una mala pasada, estaban volviéndose cada vez más frecuentes y eso no era para nada bueno. Eusebio se dirigió a su habitación en la planta alta de su casa, eran casi las nueve, pero no tenía sueño, pensó por unos minutos mientras se recostó sobre su cama, no era tan tarde después de todo – bajar un rato allá con doña Fide me caerá bien – musito para si mismo, así que decidió salir. Tomó sus llaves nuevamente, un abrigo negro y salió de la casa. Caminó sin sentir la distancia, eran bastantes cuadras para llegar hasta el “Oasis”, su mente vacilaba entre el pasado y el presente, no había rastros visibles de un posible futuro. A media voz mascullaba ideas y sonidos extraños, para su suerte, las calles estaban casi vacías. Llego hasta el lugar y se detuvo en la puerta, con aquella fina estampa de militar retirado, siempre bien vestido, bien rasurado, bien lustrado y bien peinado. Al verlo, las “niñas” se inquietaron, una de ellas se le acercó, el lugar estaba casi muerto, era un miércoles, no se podía esperar otra cosa, las mesas vacías, tan sólo un par de amigos reía alegremente chocando sus vasos medio llenos, en una de las mesas cercanas a la entrada, la música estaba queda pero era audible – agradable, nada exagerado – pensó Eusebio – ¡Coronel! ¡Que bueno verlo por acá! – le dijo la mujer que se le había acercado mientras lo tomaba del brazo y lo conducía hacía una mesa en la esquina más lejana de la entrada, la luz era tenue, el olor a cigarro barato mezclado con la creolina y los menjurjes para atraer clientela era evidente y flotaba en la atmósfera – ¿Qué va a tomar hoy Coronel? – preguntó su acompañante mientras se sentaba a su lado y se dejaba manosear tiernamente la entrepierna por Eusebio – Traéme una botella de escocés y dos vasos, bastante hielo y una bolsa de

manías – dijo Eusebio tomando a la mujer gentilmente con su brazo izquierdo rodeando su cintura – ¿hoy si me vas a acompañar? – le preguntó al oído. La mujer rió con gesto de picardía – dos traguitos, no más – le contestó con voz melosa de igual manera, justo al borde de su oído. A los pocos minutos Eusebio se disponía a celebrar sin ningún motivo, destapó la botella vertiendo un buen poco en cada vaso, luego agregó unos cuantos hielos a su vaso, lo agitó y repitió la operación con el vaso de la mujer. El tiempo se hizo lento o así lo percibió Eusebio, quien se dedicaba a escuchar algunas bromas sin sentido y las preguntas indiscretas de su acompañante, mientras el licor le subía a la cabeza y se extasiaba acariciándole los senos, las piernas, las nalgas. Un trago se convirtió en dos y esos dos en cuatro y los cuatro tragos hicieron que se acabara la botella. Eusebio quería más, pidió otra botella de escoses, más hielo, más manías. Su acompañante no objetó, abrieron la otra botella y continuaron las bromas, la pareja de amigos estaba al borde de la borrachera, uno de ellos se tambaleaba torpemente intentando bailar y el otro intentaba seguir la letra de la canción que sonaba para dedicársela a la mujer que lo acompañaba. Eusebio continuaba el manoseo, tenía la mano apestosa a fluidos femeninos. El tiempo continuaba su curso, la bocina de un camión que pasó por el lugar le recordó a Eusebio una de tantas cosas que guardaba en su mente, se bebió de un sólo trago el contenido de su vaso, con la mirada desenfocada empezó a relatar – recuerdo una vez, cuando llegamos a Nentón, después de perseguir a la guerrilla durante todo un día, eran cuatro patrullas cubriendo todas las posibles salidas, no había rastro alguno de sus huellas, todas se perdían ahí, así que juntamos a la gente que habitaba el lugar, yo era el capitán, así que empecé a preguntar por los malditos, nadie respondía nada, nadie decía nada, ¿Por qué? – dijo golpeando su vaso en la mesa y asustando un poco a la mujer que lo escuchaba detenidamente – ¿Por qué no hablaron y se evitaron la muerte?, me gustaría preguntarles si valió la pena morir así. Hubiera sido más fácil si hubieran colaborado, pero no, así que no tuvimos más remedio y empezamos a matarlos, por grupos, tratamos de indagar algo, torturamos a muchos, hombres, mujeres, mujeres en cinta, niños, ancianos y nadie dijo nada... – Eusebio hizo una pausa para servirse el último poco de escocés que había en la botella y luego continuó – una vez muertos todos, hice traer unos tractores para que arrasaran con todo, apilamos los cuerpos muertos al un costado del camino, les rociamos gasolina y les prendimos fuego. Los tractores empezaron su tarea, después de haber cavado

a un costado del poblado una fosa grande para tirar los cadáveres quemados, lentamente el tractor comenzó a derribar las casas, la primera fue sencilla, pero al llegar a la segunda, vimos como el tractor se hundía entre la tierra, el suelo del poblado se abrió justo ahí evidenciando un complejo sistema de túneles y bóvedas donde guardaban armas, uniformes robados, granadas y lanza cohetes, eso era un laberinto por donde siempre lograban escapar los subversivos después de hacer sus mierdas – hizo una pausa forzada pues el licor ya había hecho efecto – ¿Crees que valía la pena morir por ellos? – le preguntó Eusebio a la mujer, con la dificultad que causa el licor para poder hablar, ésta se encogió de hombros con un movimiento que le hizo tambalearse, ya estaba ebria, pero no tanto como Eusebio. Se puso de pie y se adelantó para hablarle a doña Fide, Eusebio estaba casi dormido, doblado sobre la mesa. Doña Fide llamó a su yerno para que llevara al coronel a su casa.

Un rayo partió el cielo en dos mitades, pintándolo de blanco, tan blanco, que casi parecía de día, la lluvia le azotaba el rostro, el uniforme empapado con una mezcla de agua, lodo, sangre, sudor y miedo. Eusebio corría desesperadamente, fusil en mano, zigzagueando por la vereda mientras los proyectiles zumbaban a sus costados, un rayo más y otro más, la lluvia prolija le impedía ver con claridad el camino. Dos, cinco, diez proyectiles más le pasaban zumbando por la derecha, por la izquierda, a su espalda escuchaba las zancadas de dos personas más que venía huyendo igual que él y mucho más atrás un redoble de botas salpicando las hojas con lodo, haciendo pausas intermitentes para dispararles a matar – ahí van esos hijos de puta, disparen! – se escuchaba una voz en el fondo – ¡Mi capitán! ¡Mi capitán! – gritó una voz cercana a Eusebio – después de esas piedras tírese al barranco, desde ahí podemos hacerles frente, el helicóptero viene en camino, solo debemos resistir un poco – dijo con la voz agitada – Eusebio no se detuvo a pensarlo y al instante siguiente estaban los tres tirados boca abajo, apuntando sus fusiles a lo oscuro – ¡disparen! ¡abran fuego! – gritó Eusebio, acto seguido soltaron una ráfaga de disparos a la nada – el fuego era cruzado, la estampida de botas se detuvo pero no así los disparos de vuelta que pasaban rasgando el aire unos cuantos metros arriba de su cabeza, el sonido del helicóptero se escuchaba acercándose – debemos llegar hasta el claro del bosque, más abajo – gritó Eusebio – no dejen de disparar aun – el rocío de plomo seguía rompiendo la calma de la selva verde, de pronto, el helicóptero abrió fuego hacía la bóveda negra que se hallaba abajo, los subversivos cesaron el ataque – ¡Ahora! – dijo Eusebio,

abalanzándose colina abajo, buscando el claro del bosque para que el helicóptero los sacara de aquella pesadilla, corrió como loco, era la tercera emboscada en quince días, algo estaba pasando, alguien estaba informando a la guerrilla de sus movimientos. El helicóptero continuó el ataque hasta cerciorarse de que podía descender lo suficiente para recoger primero a Eusebio y luego a los demás, solo quedaron tres de catorce ¿Y los cadáveres? – pensaba Eusebio mientras continuaba corriendo. Tropezó con un tronco y su fusil salió volado a unos cuatro metros, el impacto en el suelo hizo despertar a Eusebio, no recordaba muy bien como había llegado a casa, eran casi las cuatro de la mañana, la televisión zumbaba iluminando el cuarto con las franjas multicolor. Se sentó en la orilla de la cama, estiró el brazo hasta alcanzar su mesita de noche donde siempre tenía una jarra de agua, se sirvió un vaso y lo bebió casi todo – una más – dijo para sus adentros – una más. Aun tenía la ropa puesta, le faltaban únicamente los zapatos, se desvistió y se volvió a meter a la cama.

El jueves arribó presuroso, el himno en la radio, la claridad del día acariciándole el rostro, el trino de las aves, el aire fresco, en fin, Eusebio se despertó inseguro de sí mismo. Con un leve malestar por la noche anterior. Se sentía indispuerto por obvias razones, aunque no era su costumbre, no sentía el deseo de salir a caminar, sabía que en su mente algo estaba sucediendo, la frecuencia de sus tormentos era cada día más grande, quizá era la fecha o tal vez la época. Se quedó acostado con la mirada fija en el techo de su habitación, algunos tacones rasgaban el silencio con su desfile sobre el pavimento, aún eran las seis. Se giró sobre su costado y se acomodó, intentó conciliar el sueño una vez más, quizá así se motivaría para ir a trabajar. Pero ¿cómo dormir, sin soñar, sin recordar, sin sentir el calor de la sangre o el frío de la muerte recorriéndole la piel? Volvió a girar sobre sí mismo, esta vez, al lado contrario, los tacones otra vez, algún zumbido de voces disipándose a la distancia. Eusebio encendió la televisión, puso un noticiero: “Una turba de vecinos de Todos Santos Cuchumatán, departamento de Huehuetenango, lincharon a un grupo de turistas Japoneses: tras perseguirlos por todo el pueblo el grupo de turistas japoneses fue acorralado cuando intentaban abordar un bus turístico, después de acusarlos de roba niños, los vecinos enardecidos comenzaron a apedrear a los turistas...” – que raro en esos indios del demonio – dijo Eusebio para sí mismo – y todavía aseguran que son simples campesinos indefensos, si lo único que hacen es atacar al extraño, pero no vayan a

seducirlos con la lengua – continuó Eusebio mientras se giraba un poco sobre la cama, acomodándose – porque ahí sí, lo indio se les sale y lo bruto les brota por la piel – terminó diciendo mientras cerraba los ojos intentando dormir. “Al llegar las fuerzas del orden y rescatar a los turistas, también fueron agredidos. La turba volcó dos auto patrullas de la policía nacional civil prendiéndoles fuego e intentando vapulear a los agentes, quienes se refugiaron en una casa, misma que fue apedreada minutos más tarde por los vecinos que reclamaban airadamente a las autoridades para que entregaran a los turistas japoneses, con la firme intención de rociarles gasolina y quemarlos en pleno parque, según la turba, en escarmiento porque eran roba niños...” – continuó hablando la televisión, mientras Eusebio únicamente alcanzaba a escuchar un leve murmullo y caía una vez más en sueño profundo.

El teléfono sonó sobre un escritorio, en la esquina opuesta del suyo, abrió los ojos y se levantó de su silla, en su escritorio, en su oficina, en el destacamento. Avanzó cinco o seis metros y tomó el auricular para contestar, el uniforme verde olivo una vez más, las botas nítidas, el arma pulcra colgada al cinturón – ¿Aló? preguntó, mientras el teléfono continuaba sonando insistentemente – ¿aló? ¿Aló? – volvió a preguntar, sin poder hacer callar el aparato. Súbitamente reaccionó a su sueño, el teléfono de su mesita de noche continuaba sonando sin parar, irrumpiendo la calma de su mañana, se levantó de golpe, se sentó a la orilla de la cama y vio su reloj – las cero novecientas cincuenta, ya es demasiado tarde para ir a trabajar – exclamó sin apuro, mientras se frotaba los ojos con las manos, hacía mucho tiempo que no le sucedía algo así. El teléfono había callado de pronto, probablemente era Luis o alguien más de la oficina, tratando de indagar sobre su paradero. Lo extraño era aquel sueño, sin razón aparente, su mente lo había remontado a algún momento de su vida que no lograba recordar bien, por más que se esforzara no lo conseguía.

Se despabiló como pudo, apagó el televisor, que una vez más, se había quedado hablando sólo, tomó el teléfono y marcó el número de su oficina. Debía reportarse enfermo o algo parecido para que no hubiera problema – aló, ¿Lolita? – preguntó con voz áspera, fingiendo malestar – le habla el Coronel Eusebio Pacheco, hágame favor de avisar que no voy a poder llegar hoy a trabajar, estoy un poco enfermo del pecho y tengo fiebre, me siento mal – mintió con descaro, algo que no era típico en él, luego hizo una breve pausa, escuchando con atención – sí, gracias Lolita, lo haré tal como usted dice, pongo a hervir el

agua, miel y listo – continuó fingiendo tomar nota de todo – muy bien, yo espero presentarme mañana a primera hora... si gracias nuevamente, adiós Lolita – dijo Eusebio cortando la comunicación y colgando el teléfono – Espero que no se complique mi enfermedad – rió burlonamente mientras se volvía a tirar sobre la cama. Cerró los ojos, respiró hondo, exhaló despacio y encendió de nuevo el televisor. Se quedó varado en un canal de espectáculos por algunos minutos, luego se pasó a las noticias y finalmente lo apagó, se levantó de la cama y se dirigió al baño.

El tiempo parecía no transcurrir desde ese momento, Eusebio estaba tranquilo, un poco confundido, pero tranquilo, sabía que algo malo estaba pasando en su cabeza pero trataba de no pensar mucho en ello. Tomó su ducha matutina, se afeitó, salió del baño para vestirse, se dirigió a la cocina, se sirvió un plato de cereal con leche, encendió la radio y desayunó. La mañana continuaba su curso, Eusebio hojeó la prensa, hizo alguno de los quehaceres de su casa, el reloj marcaba casi las once treinta de la mañana, la claridad del día se había transformado en un gris lleno de frío. Eusebio decidió salir a caminar, quizá comer algo en el pueblo, a orillas del lago. La soledad de su casa podía jugarle alguna mala pasada. Salió entonces tomando únicamente sus llaves, caminó sin pensar en nada, divagando su vista entre los árboles y sus aves, entre la tienda de la esquina y el busito que llegaba al parque. Luego de haber caminado algunas cuantas cuadras, se topó con el mismo tipo alto y fornido que había visto el día anterior y el anterior a ese. Era un tipo un poco menor de edad que él, la calle estaba casi desierta, de no ser por alguna señora que volvía del mercado o que volvía del colegio de recoger a los niños. Eusebio pasó a un metro de distancia y saludó – buenos días – dijo con voz serena mientras continuaba su marcha sin inmutarse – buenos días coronel, gusto de verlo – respondió el hombre con una voz ronca y añeja, ante la incertidumbre que venía añejando Eusebio desde que lo vio por primera vez aquella noche – ¿nos conocemos? – preguntó entonces deteniendo sus pasos – claro que sí coronel, ¿acaso no me recuerda? – inquirió el hombre acercándose a Eusebio – la verdad no lo recuerdo – contestó alertándose en espera de cualquier eventualidad – nos conocimos cuando usted regresó de Playa Grande, hace algunos años, mi nombre es Raúl – dijo estirando la mano para estrechar la de Eusebio – mil disculpas, le soy sincero, no lo recuerdo – respondió Eusebio estirando su mano para estrechar la de Raúl, aunque en su mente se libraba una batalla por recordarlo – estoy esperando el busito desde hace varios

minutos pero no llega ¿le molesta si lo acompaño? ¿Va hacia afuera verdad? – preguntó Raúl viendo a Eusebio directamente a los ojos – No – dijo Eusebio haciendo una breve pausa – no hay ningún problema, me dirijo al parque y luego al lago – completó su respuesta Eusebio – ¡Perfecto! – exclamó Raúl avanzando un paso más para alcanzar a Eusebio y continuar su camino. Eusebio caminó algunos metros tratando de recordar en silencio quién era Raúl, ¿de dónde lo conocía? lo intentó algunos metros más hasta que Raúl rompió el silencio – cuénteme coronel, ¿cómo lo trata la vida? – Eusebio dejó por un lado su intento por recordar y contestó – pues no me puedo quejar, al regresar de Playa Grande pasé año y medio metido en una oficina del palacio nacional, haciendo trabajos de escritorio y otro año más siendo instructor en el cuartel general, luego llegaron los acuerdos de paz y gracias a ellos aquí estoy – ¿así de fácil? ¿después de arriesgar el pellejo como lo hizo, lo metieron a una oficina? – dijo Raúl con un tono que evidenciaba cierto malestar y un poco de sarcasmo hacía los superiores de Eusebio – ¿Porqué no lo enviaron de vuelta? Usted fue un buen guerrero – elogió Raúl a Eusebio – no recuerdo muy bien que le he contado pero le agradezco sus palabras – respondió Eusebio – no se preocupe por eso ahora coronel y no me agradezca las palabras, es una afirmación que no dudo ni un solo segundo – contestó Raúl mientras se perfilaban casi llegando a la salida de la colonia – en general, los acuerdos de paz son los causantes de mi baja de las filas del ejército y de mi nuevo estilo de vida, del cual, no me quejo – completó Eusebio con un aire de tristeza – ¿Extraña la guerra coronel? ¿Extraña la sierra, los montes, la selva? ¿Extraña matar? – preguntó Raúl. Eusebio detuvo sus pasos un instante y volvió la vista hacia Raúl, le clavó una mirada fría y después de una breve pausa le dijo – tanto así como extrañar matar no, pero al final de cuentas es algo que aprendí muy bien – lo lleva en la sangre – interrumpió Raúl – es algo a lo que se acostumbró, además, lo hacía en pro de la patria – Eusebio rió con un aire de certeza por las palabras de Raúl – ¡claro que fue en beneficio de Guatemala!, pero ya ve como agradecen el riesgo – dijo Eusebio mientras cruzaban en la esquina que los enfilaba hacia la tercera avenida, la que da directo al parque – durante años le enseñan a uno a sobrevivir, a combatir, a matar, le enseñan a aniquilar al enemigo, a luchar por mantener la soberanía de la república ¿Qué esperan que uno haga cuando ya no hay guerra? ¿o cuando lo sacan por la fuerza, como a mí? ¿Acaso pretenden que me dedique a predicar el evangelio? – dijo Eusebio soltando una carcajada de ironía, mientras Raúl lo veía sonriendo levemente – es

obvio que no coronel, la vida es injusta casi todo el tiempo, uno se rompe el lomo trabajando, deja todo con tal de cumplir con las obligaciones del trabajo y muchas veces ni siquiera lo agradecen, en el peor de los casos uno muere defendiendo su postura, sus creencias y total ¿para qué? ¿para quedar relegado? ¿para ser sustituido por alguien más joven y que cobre menos? O así como a usted coronel, ¿porque a alguien se le ocurrió que ya no era necesario? – le dijo Raúl cuando estaban por cruzar una calle – ¡Cuidado Coronel! – gritó Raúl tomándolo por el hombro para detenerlo, Eusebio se detuvo de golpe y vio como se le abalanzaba un carro y casi lo atropella – gracias Raúl, a veces soy muy distraído – dijo Eusebio – no hay porque – contesto Raúl mientras cruzaban, esta vez, con más cuidado.

Caminaron en silencio tres cuerdas más hasta verse en el parque, Eusebio redundó en ese lapso intentando recordar el momento exacto en que conoció a Raúl, pero no lo consiguió. Se dirigió hacia una banca que estaba desocupada y se sentó, Raúl le siguió y también se acomodó a su lado – Como le venía diciendo coronel – retomó la plática Raúl, mientras sacaba de su bolsillo un reloj con la pulsera rota – esta algo viejo pero aun cumple su cometido – dijo al ver que Eusebio le seguía los movimientos con la vista, Eusebio rió un poco avergonzado – ya es más de medio día, con razón el hambre que tengo – dijo Raúl poniendo nuevamente el reloj en su bolsillo. Eusebio miró hacia el reloj de la iglesia y luego dijo cambiando bruscamente de tema – es cierto, lo único que hicieron fue otorgarme una pequeña insignia metálica por los años de servicio – ambos se sonrieron y vieron como una señora se acercaba a la banca – buenas tardes – dijo tratando de acomodarse en el espacio vacío de la banca – ¡Señora! – Exclamó entonces Eusebio – ¿no ve que está ocupado? – la señora se detuvo en el intento y respondió – disculpe usted – y se retiró de la misma forma como había llegado – ¡La gente no respeta! – le dijo Eusebio a Raúl – no se preocupe coronel – guardaron silencio por un breve tiempo y luego Raúl habló – me imagino que debe ser difícil vivir pensando en el pasado ¿o no coronel? – claro que lo es, y bastante – respondió Eusebio – a veces sufro alucinaciones, al bañarme, al comer, al recostarme a descansar, en el trabajo, en la calle, en cualquier lugar a donde voy me persiguen... Otras muchas veces tengo pesadillas, pero creo que estoy aprendiendo a manejar la situación – completó, mientras su rostro tomaba una expresión de insatisfacción, sabía perfectamente que no era del todo cierto lo que acababa de decir, aun no aprendía,

aun no lograba sacarlas de su mente – ¿tanto así coronel? – preguntó Raúl incrédulo, viendo a Eusebio fijamente – me temo que sí – contestó Eusebio con desánimo. El silencio les beso la boca una vez más, ambos contemplaban a la gente al pasar, todos a prisa, en frenesí constante, de aquí para allá, de allá para acá. El sol del medio día se ocultaba detrás de un filtro de nubes grises, alumbraba difuminado, pintando el suelo con un pálido calor que no era suficiente para asar las huellas en mitad del asfalto, Eusebio giró su cuerpo levemente a la derecha, acomodándose un poco más de frente hacia Raúl, un frío extraño y profundo recorría su piel, ya no intentaba recordar nada – ¿y usted, Raúl? – preguntó Eusebio – ¿a qué se dedica? – Raúl prestó atención nuevamente – es una lastima que no recuerde nada de mí, coronel – respondió Raúl, haciendo una pausa en su voz – soy maestro... de educación media – completó – usted y yo nos conocimos a finales de octubre, justo cuando usted volvía de Playa Grande, al salir de la fuerza aérea, usted iba en el mismo jeep que yo – dijo haciendo otra pausa – pero eso realmente no importa coronel, pero cuénteme ¿en donde trabaja? – preguntó Raúl cambiando la conversación – en la municipalidad del pueblo, soy vicesecretario, es un trabajo decente y me ayuda a mitigar lo tortuoso que puede ser vivir sólo – respondió Eusebio – es un buen trabajo, lo entretiene – afirmó Raúl con una mueca en su rostro – seguro que sí – afirmó Eusebio riendo entre dientes mientras clavaba la vista en el horizonte – lo invito a almorzar, coronel, ya casi es la una – dijo Raúl poniéndose de pie, Eusebio lo pensó por un instante y luego accedió – gracias Raúl – ¿Le parece si caminamos hasta la orilla del lago? Ahí hay mas variedad – dijo Raúl refiriéndose a los diversos restaurantes del lugar – me parece bien, aquí no hay mucho de donde elegir y a decir verdad ya tenia planeado almorzar por allá – sonrió Eusebio mientras se ponía de pie. Ambos se dirigieron a la esquina opuesta del parque, para enfilear por la segunda avenida. El fausto sol no perturbaba sus pasos, estaba oculto, opaco, tímido de rasgar el cielo con sus rayos.

Me pregunto ¿qué habrá sido de mis buenos amigos que se quedaron aun en la montaña, peleando por la patria, en tanto yo, fui confinado a un escritorio, a los papeles, a la cátedra de muerte, mientras los de arriba se fumaban juntos un habano? – dijo entonces Eusebio mientras avanzaban a lo largo de la avenida, como hablando solo, Raúl no contestó. La gente que se le cruzaba en el camino lo saludaba con esmero – buenas tardes coronel – a lo que él respondía vanamente, moviendo la cabeza de arriba a abajo e incluso,

a algunas personas, no les devolvía el saludo – creo que muchos derramaron sangre inútilmente coronel – dijo entonces Raúl, quien le acompañaba aún en el camino, cual su sombra – definitivamente los acuerdos de paz fueron como haber perdido la guerra, como ignorar a los muertos, como escupirles el rostro estando ya en un ataúd – dijo Eusebio con cierto desprecio en sus palabras, mientras pasaban justo enfrente del Oasis. Eusebio giró la vista un par de veces intentando encontrar a doña Fide para saludarla, pero no la halló. Prosiguieron su camino, Raúl en completo silencio, como contando los pasos de Eusebio, como acechando su sombra. Caminaron un poco más, hasta llegar a la zona de restaurantes, a la orilla del lago. Varias mujeres les salieron al paso – ¿qué va a querer mi cielo? tengo cebiche, carne asada, mojarra frita... pase adelante... tengo cervezas frías... ¿Qué va a comer? – yo conozco un lugar decente, esta a unos cuantos metros más – dijo Eusebio, ignorando por completo todas las ofertas de comida y bebida que le vociferaban las doñas del lugar mientras agitaban el brazo para ahuyentar a las moscas – vamos entonces coronel, yo lo sigo – respondió Raúl. Varios metros más adelante llegaron a un local bastante aseado, bien iluminado y placentero. Entraron y se dirigieron a una mesa cercana a una ventana – aquí hay buena vista, claridad y aire fresco – dijo Eusebio, quien iba primero, Raúl simplemente lo seguía en silencio. Se sentaron y Raúl preguntó – ¿qué va a comer coronel? ¿Quiere una mojarra frita o un cebiche o que quiere? – gracias Raúl – dijo Eusebio con cortesía – quiero una mojarra frita y una cerveza – que sea igual para mi – respondió Raúl.

Una joven de unos veintitantos años se acercó a la mesa, la limpió con un trapo húmedo y empezó la letanía del menú – Eusebio la interrumpió diciendo – tráigame dos mojarras fritas y dos cervezas, por favor – la joven lo vio fijamente y preguntó con inocencia mientras anotaba en una libretita – ¿dos mojarras? – Eusebio asintió con la cabeza, frunciendo un tanto el seño en señal de malestar ante la pregunta de la joven – ¡Si señorita, dos mojarras y dos cervezas! – la joven anotó en su libreta con unos garabatos que evidenciaban la falta de caligrafía – en unos dos minutos le traigo su orden – dijo la señorita mientras daba la vuelta y se dirigía a la cocina – ¿Qué le sucede a la gente joven de estos días? – le dijo Eusebio a Raúl mientras este último simplemente se sonreía sin decir nada. Faltaban veinticinco minutos para las dos, Eusebio era presa del hambre, al igual que

Raúl. La señorita se acercó nuevamente a la mesa llevando las bebidas, las colocó sobre la mesa y se retiró, no sin antes regalarle una sonrisa fingida a Eusebio.

Los dos minutos se extendieron a cinco y no había señales de las mojarras, Eusebio daba sorbos a su cerveza mientras Raúl se limitaba a observarlo. Eusebio se puso de pie dejando su cerveza sobre la mesa – con su permiso, tengo que ir al baño – es propio – le respondió Raúl. Eusebio se acercó a la joven y le preguntó por el baño – la puerta roja del fondo – respondió la joven señalando con la mano derecha una puerta de color rojo oxidado que estaba al final del local – gracias – dijo Eusebio y se encaminó hacia allá. Abrió la puerta y entró, era un lugar diminuto, el inodoro, pequeño, el lavamanos, pequeño también, un espejo, una toalla azul colgando de un clavo, una pastilla de jabón a medio usar, el rollo de papel diminuto también. Se inclinó sobre el lavamanos, abrió el chorro y se enjuagó la cara, el agua fría le recordó lo gris que estaba el día, levantó el rostro y se vio reflejado en el espejo, abrió los ojos lo más que pudo y sintió por un instante que se le nublaba la vista, repitió la operación por unos segundos, se enjuagó nuevamente, cerró el chorro, tomó la toalla y se secó la cara y las manos pensando en lo extraño de la situación, aún no lograba recordar nada de Raúl. Salió del baño y al cerrar la puerta dirigió su vista a la mesa; tan solo estaban las dos cervezas acompañando los enormes platos donde habían servido las mojarras. Eusebio se apresuró a llegar a la mesa. Se sentó buscando con la mirada a su alrededor por el paradero de Raúl pero no lo encontró. Llamó a la joven que le estaba atendiendo y le preguntó – ¿Disculpe señorita, vio salir al señor que venía conmigo? ¿Dijo algo? ¿Dijo adonde iba? – la joven pintó entonces un gesto de asombro mezclado con miedo y un poco de burla – no señor, usted entró sólo, pidió dos mojarras y dos cervezas y aquí están, pero usted entró sólo – respondió la joven. Eusebio se llevó ambas manos al rostro, cubriendo su nariz y su boca, la vista se le perdió en algún punto de la mesa y no exclamó nada más por un buen rato, la joven se alejó de la mesa a continuar con sus quehaceres mientras miraba de reojo a Eusebio y su incertidumbre.

No puedo creer que esto me esté pasando – se dijo Eusebio a sí mismo mientras caminaba de vuelta a casa llevando en una bolsa, las dos mojarras empacadas, eran las dos y media de la tarde, el día continuaba tan gris como al principio, un leve viento comenzó a soplar como presagio de la lluvia – yo no lo inventé, él es real, Raúl es real, debe serlo, yo no lo inventé – se repetía mientras su mente brincaba de un lugar a otro tratando de

encontrar el recuerdo exacto de Raúl. Iba distraído por la calle, como un zombi, afectado por sus propias ideas y recuerdos que ahora se estaban propasando con él. Buscaba y rebuscaba en su memoria, repasaba los hechos, repasaba todos los octubres que podía recordar, bajaba del avión aquella noche y llegaba hasta el jeep pero no encontraba a Raúl por ningún lugar.

Cruzó la calle lentamente, tanto, que casi es atropellado por un motorista. Eusebio no estaba en sí, sus pasos eran torpes, su mente sufría una tormenta intentando explicarse lo sucedido. Las primeras gotas de lluvia le sirvieron de alfombra, el olor a tierra mojada se le metió hasta la pleura – el avión, el jeep, Playa Grande... el avión, el jeep, Raúl, Playa Grande... – avanzaba rumiando las palabras. Pasó enfrente del Oasis nuevamente, doña Fide ya lo había visto acercarse – ¡Coronel! Que bueno verlo – pero Eusebio no se percató del saludo y siguió de largo – la sangre, la selva, Raúl, las balas, la tierra mojada, el olor a tierra mojada, el olor a tierra empapada de sangre, los muertos, la sangre, la tierra, las balas, los muertos, las balas – Eusebio cada vez subía un poco la voz, la gente lo volteaba a ver extraño – viejo loco, hoy si se chifló, ¡Pobrecito! – eran las expresiones de las putas que lo vieron pasar, algunas con saña, otras con lastima. Eusebio no estaba en sus cabales, aún así, avanzaba devorando las cuerdas. Absorto, ausente, distante, como queriendo huir de su cerebro, queriendo borrar esos días nefastos y comenzar de nuevo, desde cero, como un niño aprendiendo a caminar, pero eso era imposible.

Llegó hasta al atrio de la iglesia, subió las gradas y sentó a descansar, debía calmarse. Tres minutos y la mente en blanco, al minuto siguiente otra vez la sangre, los muertos, sus muertos, los muertos ajenos, los amigos, los conocidos, los desconocidos, Raúl, el jeep, el avión, Nentón, Playa Grande, los muertos, los niños muertos. En lo alto de la iglesia se sintieron cual escupidas las tres campanadas respectivas. Se incorporó al escuchar el sonido, subió las gradas restantes y se paró frente a la puerta inmensa hecha de cedro, tallada a mano, levantó la cabeza y empezó a balbucear, primero en vos queda, luego subiendo el tono hasta llegar al reclamo – ¡Dios mío, no más! – caminó hacia la izquierda, luego a la derecha, la gente lo observaba estremecida, luego a la izquierda y otra vez a la derecha, una vez más a la izquierda, sin dejar de reclamar. La lluvia se hizo más fuerte, la gente corría despavorida procurándose un refugio para pasar la lluvia – pobrecito el coronel, ¿qué le estará pasado? – luego de vuelta a las gradas, se acurrucó, cerró los ojos y

las lagrimas se le escaparon una a una, humedeciendo sus mejías, mezclándose con la lluvia que le azotaba el rostro. Una imagen tras otra en su memoria, sangre, lodo, miedo, muerte, fuego, tempestad.

¡Coronel! – gritó una voz agitada del otro lado de la calle – ¡Coronel! ¿Qué le sucede? – volvió a gritar la misma voz. Era su amigo Luís. Se le acercó hasta casi abrazarlo, Eusebio levantó la cara, abrió los ojos, por un instante su cabeza se llenó de calma, se sintió reconfortado con la presencia de su amigo – ¿Coronel? – dijo Luís haciendo una pausa para recobrar el aliento, había salido corriendo desde la oficina, a unas cuatro cuabras de la iglesia, en cuanto supo lo que ocurría – ¿Cómo se siente coronel? ¿Qué le sucede? – son ellos – respondió Eusebio en un tono temeroso – han venido a llevarme, han venido por mi – ¿Quiénes ellos coronel? – ¡los muertos, mis muertos, los niños, los viejos, los hombres, las mujeres! ¿no los mirás? – ingenuamente Luís giró la vista atrás, lo único que encontró fue un grupo de curiosos que se acercaba a ver lo que sucedía, en ese mismo instante Eusebio se incorporó de un salto, adoptó una posición de ataque, como tomando su fusil entre las manos y gritó – ¡tíraté al suelo si no te querés morir! ¡yo te cubro! – acto seguido, comenzó a hacer sonidos con la boca, imitando una ráfaga de plomo que salía de su fusil – ¡tíralés una granada a esos malditos porque ya vienen cerca! – gritó Eusebio mientras movía su cuerpo de derecha a izquierda rociando el lugar con plomo y un fuego fantasma, humo invisible subiendo en espiral demente. La gente del pueblo, sin importarles la lluvia, ya se estaba arrejuntado en torno a la escena, los niños querían ser los primeros en la multitud, los jóvenes reían a carcajadas, algunos adultos se tapaban la boca para ocultar sus risas, los ancianos tenían el rostro impávido, observaban de lejos, lo veían con lastima, con estupor fraguado al filo de la lluvia. Luís sintió ira, enojo, cólera y una enorme imposibilidad por ayudarlo, fue en ese mismo instante que comprendió la situación que agobiaba a su amigo, se le formó un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lagrimas al ver como aquel hombre robusto, físicamente sano, capaz y trabajador, autosuficiente, a quien él admiraba, a quien él respetaba tanto, ahora era presa de su propia mente y sus recuerdos, de su soledad, de su tristeza reprimida, de su miseria de afectos, de su conciencia rempujada en el olvido que ahora le desgarraba la cordura con tal de salir.

Luís se puso en pie, contemplando la escena, el corazón acongojado le latía aceleradamente mientras empuñaba su mano tratando de mitigar el dolor que le causaba ver

a su amigo perder la razón de esta manera. Eusebio cayó de rodillas, cansado, empapado en lluvia, lágrimas, sudor y desesperación. Sus manos temblaban y su boca aun dejaba escapar el leve susurro de las maldiciones mezcladas con el llanto y la impotencia. Luís avanzó dos pasos hasta acercarse a Eusebio, se acurrucó para ayudarlo a ponerse en pie, decenas de personas contemplaban el acontecimiento, mientras un murmullo inundaba el parque, la calle de enfrente, los costados de la iglesia, la vieja estación de policía... – ¡Pobrecito el coronel! ¡No se metía con nadie! – Luís abrazó fuertemente a Eusebio, con los ojos abiertos al llanto, inundados de tristeza, de impotencia, de compasión. Eusebio esta cediendo ante la seducción de la locura.

El eco de las risas seguía rebotaba en su cabeza, la dura lluvia le golpeaba el rostro, caminó auxiliado por Luís, llorando amarga y desconsoladamente, balbuceando maldiciones y palabras de angustia. La multitud se fue esparciendo conforme se abrían camino entre ellos, cruzó la calle, la gente aún lo veía con asombro, rodeó el parque por la derecha, dejando atrás el hecho, avanzó lentamente, recorriendo las huellas de un fantasma redentor que le obligaba a huir de aquel lugar. Los adoquines de las calles fueron pasando lentos bajo sus pies, el murmullo les rodeaba persiguiendo su camino, la gente había emprendido su camino de vuelta a la normalidad, otros seguían con la vista y desde lejos, la procesión tortuosa de un hombre en plena aflicción que desafiaba al pasado en un intento fallido por salir victorioso de sus actos.

La tarde se perdía lentamente en el olvido de la gente del pueblo, en la inconciencia de sus actos, en la indiferencia de sus ojos. El viento dejó de acariciar las hojas en las copas de los árboles, las nubes grises matizaban el cielo. El sol se quedó escondido detrás de las montañas. Las aves no volaron más, la vida reclamó con creces. Luís y Eusebio, se perdieron juntos por las calles más vacías del pueblo, llevando con ellos la delicadeza del viento, arrastrando sus pasos, arrastrando sus sombras, arrastrando su angustia y su desconsuelo, tomaron una dirección desconocida.

Atrás quedó la historia ensangrentada de las muertes inútiles, el verde imponente de la sierra, atrás quedó el plomo ardiente desgarrando las almas, los sueños, la carne; atrás quedó el azul de un cielo libre en la plenitud de su horizonte, atrás quedo la tierra germinando larvas a favor de los muertos, sembrados en el olvido.